



FRANCISCO
MISAS MATUTINAS

A photograph of Pope Francis wearing white papal vestments, including a zucchetto and a pectoral cross. He is smiling slightly and looking towards the camera. The background is dark and out of focus, showing other people in dark clothing.

FRANCISCO
MISAS MATUTINAS

2018

**Homilías en las Misas
matutinas.**

Enero

Febrero

Marzo

Abril

***Homilías del Papa Francisco,
en la Misa de la mañana en
santa Marta.
Año 2018.***



***Textos tomados de:
www.vatican.va***

Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com

ENERO.

8 de enero de 2018. **Si se ofende a los débiles.**

9 de enero de 2018. **La cercanía de Jesús.**

8 de enero de 2018. **Si se ofende a los débiles.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 12 de enero de 2018

Agredir y despreciar a la persona más débil, porque es extranjera o discapacitada, es una «marca del pecado original» y de la «obra de Satanás». Y es impresionante constatar hoy que graves episodios de acoso suceden

también en las escuelas, y ven como protagonistas a niños y jóvenes. El Papa Francisco —en la misa celebrada el lunes 8 de enero en Santa Marta— pidió no ceder a la crueldad y a la maldad de tomársela con los más débiles, con los que sin embargo es necesario ser cercanos con la auténtica compasión. Y quiso también compartir un conmovedor recuerdo personal de cuando era niño en Buenos Aires. En la «primera lectura empieza la historia de Samuel —hizo notar Francisco en la homilía,

refiriéndose al paso bíblico tomado precisamente del libro de Samuel (1, 1-8)— y hay una cosa que llama la atención: este hombre, que será el padre de Samuel, es un hombre —se llamaba Elcaná— y tenía dos mujeres. Una tenía dos hijos, la otra no. Y esta que tenía dos hijos —Peninná, se llamaba; la otra se llamaba Ana, que sería la madre de Samuel— no tenía, era estéril». Pero Peninná, explicó el Papa, «en vez de ayudarla o consolarla, la afligía con dureza. La maltrataba y

humillaba: "Tú eres estéril". Se burlaba».

«Lo mismo sucede —observó el Pontífice— con Agar y Sara, la mujer de Abraham, la esclava y la mujer. Agar tenía un hijo, Sara era estéril y Agar la insultaba, la maltrataba, se burlaba de ella. Porque no tenían una riqueza, que es un hijo». Y aún más: «Podemos pensar también, por no pensar solamente en los pecados de las mujeres, en Goliat, ese soldado grande que tenía todo, todas las posibilidades de vencer, era el más fuerte,

cuando vio a David lo despreció». En realidad Goliat «se burlaba del débil». Además, prosiguió Francisco, «podemos también pensar en la mujer de Job», en «cómo viéndolo enfermo, humillado, lo despreció, lo maltrató». Lo mismo «también la mujer de Tobías».

Delante de estas realidades, dijo el Papa, «yo me pregunto: ¿qué hay dentro de estas personas? ¿Qué hay dentro de nosotros, que nos lleva a despreciar, a maltratar, a burlarnos de los más débiles?».

En efecto «se entiende, al límite, que uno se la toma con uno que es más fuerte: puede ser la envidia que te lleva». Pero ¿por qué tomársela con «los más débiles? ¿Qué hay dentro que nos lleva a comportarnos así?». Se trata de «algo que es habitual, como si yo necesitara despreciar al otro para sentirme seguro. Como una necesidad». A este propósito Francisco quiso compartir un episodio de su vida. «Yo recuerdo —esto sucede también entre los niños — de niño, tendría siete años:

en el barrio había una mujer, sola, un poco loca. Y ella todo el día caminaba por el barrio, saludaba, decía tonterías y nadie entendía qué decía, no hacía mal a nadie. Las mujeres del barrio la daban de comer, alguna también algún vestido. Vivía sola. Daba vueltas todo el día y después se iba a su habitación, vivía en una habitación pobre, allí».

Esa mujer, recordó el Pontífice, «se llamaba Angiolina, y nosotros niños nos burlábamos de ella. Uno de los juegos que teníamos era: “vamos a buscar

a Angiolina para divertirnos un poco". Todavía, cuando pienso en esto pienso: "¡Pero cuánta maldad también en los niños! ¡Tomársela con el más débil!" Y hoy lo vemos continuamente, en las escuelas, con el fenómeno del acoso escolar: agredir al más débil, porque tú estás gordo o porque tú eres así o tú eres extranjero o porque eres negro, por esto agredir, agredir. Los niños, los jóvenes». Por eso, no se la tomaron con los más débiles «solo Peninná o Agar o las

mujeres de Tobías o de Job»; lo hacen «también los niños». «Esto significa que hay algo dentro de nosotros que nos lleva a esto, a la agresión del débil» afirmó el Pontífice. Y «creo que sea una de las marcas del pecado original, porque esto —agredir al débil— ha sido el trabajo de Satanás desde el principio: lo hizo con Jesús y lo hace con nosotros, con nuestras debilidades». Pero «nosotros lo hacemos con los otros. No hay compasión en Satanás: no hay lugar para la compasión. Y cuando se agrede

al débil, falta compasión.

Siempre hay necesidad de manchar al otro, de agredir al otro, como hacía esta mujer» en el pasaje bíblico propuesto por la liturgia.

«Se trata de una agresión que viene desde dentro y quisiera abatir al otro porque es débil» reiteró el Papa. «Los psicólogos darán buenas explicaciones, profundas —añadió— pero yo solamente digo» que lo hacen «también los niños»; y «esta es una de las marcas del pecado original, esta es obra de Satanás». Así «como cuando

tenemos un buen deseo de hacer una buena obra, una obra de caridad, decimos: "Es el Espíritu que me inspira para hacer esto". Cuando nosotros nos damos cuenta que tenemos dentro de nosotros este deseo de agredir a ese porque es débil, no dudemos: está el diablo, ahí. Porque esta es obra del diablo, agredir al débil». En conclusión, el Papa sugirió pedir «al Señor que nos ayude a vencer esta crueldad», conscientes de que «todos nosotros tenemos la posibilidad de hacerlo: ¡todos nosotros!». Y

deseó también que el Señor
«nos dé la gracia de la
compasión, la que es de Dios:
Dios que tiene compasión de
nosotros, padece con nosotros
y nos ayuda a caminar».

9 de enero de 2018. **La cercanía de Jesús.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 12 de enero de 2018

«La doble vida de los pastores es una herida en la Iglesia»: pero si incluso han perdido la autoridad, que viene solo de la «cercanía a Dios y a la gente», no deben nunca perder la esperanza de encontrar «coherencia» y capacidad de

«conmoverse». Celebrando la misa en Santa Marta, el martes 9 de enero, el Papa Francisco puso en guardia a los pastores sobre «celebrar los sacramentos mecánicamente, como un papagayo», y sobre abrir la puerta a la gente solo en horarios fijos. Porque perderían la autoridad, de hecho, incluso si predicaran la verdad no podrían entender los problemas de la gente ni llegarles al corazón.

«En el pasaje del Evangelio que hemos escuchado dos veces se dice la palabra "autoridad"»

hizo presente inmediatamente el Pontífice, refiriéndose al pasaje del evangelista Marcos (1, 21-28) propuesto por la liturgia. En la sinagoga de Cafarnaúm, de hecho, explicó repitiendo las palabras del Evangelio «la gente estaba conmovida “por su enseñanza: él, de hecho, les enseñaba como uno que tiene autoridad y no como los escribas”».

Es evidente, continuó Francisco, que estamos frente a «una enseñanza nueva, impartida con autoridad:

“Manda incluso a los espíritus impuros ¡y le obedecen!”». Y «la novedad de Jesús es esta autoridad» afirmó el Papa. Porque «la gente estaba acostumbrada a los escribas, a los doctores de la ley: ellos hablaban y la gente pensaba en otra cosa, porque lo que decían no llegaba al corazón». Y así «hablaban de ideas, de doctrinas, también de la ley y decían la verdad: esto es cierto, hasta el punto de que Jesús dice a la gente: “escuchadles, haced lo que os dicen”».

Por lo tanto, los doctores de la ley «decían la verdad, pero no llegaba al corazón, estaba todo calmado, tranquilo» remarcó el Papa, haciendo presente que «en cambio, la enseñanza de Jesús provoca estupor», el «movimiento en el corazón: “¿Pero qué sucede?”». Así, «la gente lo sigue, va detrás de Él porque entiende lo que dice aquel hombre y lo dice con autoridad».

A este respecto, Francisco invitó a reflexionar bien sobre el concepto de autoridad. De hecho, precisó, «la autoridad

no es: "yo mando, tú haces". No, es otra cosa, es un don, es una coherencia». Y «Jesús recibió este don de la autoridad: dicen don, no sé si es justa la palabra, pero Él lo recibió». Así, «cuando, al final del Evangelio de Mateo, se lee el envío de los apóstoles en misión por el mundo, Él dice: se me ha dado cada autoridad, sobre el cielo y la tierra. Yo soy un hombre de autoridad. Id, pero con esta autoridad». Como diciendo: Id «con esta coherencia».

«Es una autoridad divina, que viene de Dios» afirmó de nuevo el Papa. Por eso, «cuando los discípulos lo interrogan sobre la fecha del fin del mundo Él dice: "Ninguno lo sabe, ni siquiera el Hijo". Es un tiempo que tiene el Padre en su autoridad». Y «esto es lo que Jesús tenía, como pastor y el pueblo hablaba de una "enseñanza nueva", un modo de enseñar nuevo que asombraba, llegaba al corazón. No como los escribas». Jesús, repitió el Papa, «enseñaba con autoridad: era un pastor que enseñaba con autoridad».

«¿Pero qué hacían los escribas?» se preguntó el Pontífice. «Ellos —respondió— enseñaban las cosas que habían aprendido: en la escuela rabínica, que era la Universidad de aquel tiempo, leyendo la Torá. Enseñaban la verdad. No enseñaban cosas malas: ¡absolutamente no! Enseñaban las cosas verdaderas de la ley»: pero no llegaban a la gente «porque ellos enseñaban precisamente desde la cátedra y no se interesaban por la gente». «Porque lo que da autoridad —una de las cosas

que da la autoridad— es la cercanía y Jesús tenía autoridad porque se acercaba a la gente» subrayó Francisco. De este modo, «él “entendía” los problemas de la gente, entendía los dolores de la gente, entendía los pecados de la gente». Por ejemplo, explicó el Papa, Jesús «entendió bien que aquel paralítico en la piscina de Betsaida era un pecador» y «después de haberlo sanado, ¿qué le dijo? “No peques más”. Lo mismo dijo a la adúltera».

El Señor podía decir estas palabras, continuó el Pontífice «porque era cercano, entendía, acogía, curaba y enseñaba con cercanía». Por lo tanto, «lo que a un pastor le da autoridad o despierta la autoridad que ha sido dada por el Padre es la cercanía: cercanía a Dios en la oración —un pastor que no reza, un pastor que no busca a Dios ha perdido parte— y la cercanía a la gente» Es un hecho, añadió, que «el pastor separado de la gente no llega a la gente con el mensaje».

Por eso, insistió Francisco, es necesaria «cercanía, esta doble cercanía». Y «esta es la “unción” del pastor que se conmueve frente al don de Dios en la oración y se puede conmover frente a los pecados, el problema, las enfermedades de la gente: deja conmover al pastor».

En cambio. «estos escribas, esta gente no se dejaba conmover: habían perdido esa capacidad, porque no eran cercanos y no eran cercanos ni a la gente ni a Dios» reafirmó el Papa. Y «cuando se pierde

esta cercanía, ¿dónde termina el pastor? En la incoherencia de la vida». Jesús, señaló Francisco, «es claro en esto: “Haced lo que dicen” —dicen la verdad— “pero no lo que hacen”». Es la cuestión de la «doble vida».

«Es feo ver pastores de doble vida: es una herida en la Iglesia», dijo el Papa. Es feo ver «a pastores enfermos, que han perdido la autoridad y avanzan en esta doble vida». Pero, añadió, «hay tantos modos de llevar adelante la doble vida y Jesús es muy

fuerte con ellos: no solo dice a la gente que les escuchen, sino que no hagan lo que hacen.

Pero a ellos, ¿qué les dice?

“Vosotros sois sepulcros blanqueados”: hermosísimos en la doctrina, por fuera; pero dentro, putrefacción». Y precisamente «este es el final del pastor que no tiene cercanía con Dios en la oración y con la gente en la compasión».

Tal vez, afirmó el Papa, algún pastor podría reconocer haber «perdido la cercanía» diciéndose a sí mismo: «no

rezos; cuando celebro los sacramentos lo hago mecánicamente, como un papagayo; la gente me cansa; estoy disponible para la gente de tal hora a tal hora, pongo el cartel en la puerta; no soy cercano: ¿He perdido todo, padre?"».

A este respecto, confió Francisco, «me viene al corazón una figura bíblica de un sacerdote que me produce ternura: pecador, pero da ternura». Es la historia «del viejo Elí, presentada en la lectura bíblica del *primer libro*

de Samuel (1, 9-20). Elí «era un débil, había perdido la cercanía a Dios y a la gente y dejaba hacer», explicó Francisco, evidenciando que «los hijos maltrataban a la gente, eran sacerdotes, llevaban adelante las cosas y él les dejaba, pero estaba allí, siempre, no había dejado el templo». Un día, Elí vio a Ana rezar «y algo llamó la atención sobre aquella mujer y la miró», pensando que estuviera «ebria». De ahí, su invitación a ir a casa para pasar la embriaguez.

Pero Ana, se lee en el pasaje del Antiguo testamento, reveló a Elí que no estaba bebida, sino sobre todo «amargada por esto, por esto, por esto». Responde, de hecho, Ana: «no consideres a tu esclava una mujer perversa, porque hasta ahora me ha hecho hablar del exceso de mi dolor y de mi angustia». Y precisamente «mientras ellas hablaba —señaló el Pontífice— él fue capaz de acercarse a aquel corazón: el fuego sacerdotal salió de debajo de las cenizas de una vida mediocre, no buena, de

pastor». Y entonces él respondió a la mujer: «Ve en paz y que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido». Por lo tanto, Elí, «que había perdido la cercanía con Dios y con la gente —continuó el Papa — por curiosidad se acercó a una mujer, pero después de escucharla se dio cuenta de que se había equivocado y salió de su corazón la bendición y la profecía». Y Francisco quiso reproponer la actualidad de la historia de Elí: «Yo diré a los pastores que han vivido la vida separados de Dios y del pueblo,

de la gente: no perdáis la esperanza, siempre está la posibilidad». Tanto que a Elí «le fue suficiente mirar, acercarse a una mujer, escucharla y despertar la autoridad para bendecir y profetizar: esa profecía se hizo y el hijo vino a la mujer».

«La autoridad —concluyó el Papa— es regalo de Dios, viene solo de Él y Jesús se la da a los suyos: autoridad al hablar que viene de la cercanía con Dios y con la gente, siempre ambas juntas; autoridad que es coherencia, no doble vida». Y

«si un pastor pierde la autoridad, que al menos no pierda la esperanza, como Elí: hay siempre tiempo de acercarse y redespertar la autoridad y la profecía».

***Homilías del Papa Francisco, en
la Misa de la mañana en santa
Marta.***

Año 2018.



Textos tomados de: www.vatican.va

Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com

FEBRERO.

1 de febrero de 2018. **No
somos ni eternos ni
efímeros.**

5 de febrero de 2018. **Enseñar
a adorar.**

8 de febrero de 2018. **Dos
historias bíblicas.**

12 de febrero de 2018. **La
paciencia es lo contrario a la
resignación.**

16 de febrero de 2018. **Cuál es
el verdadero ayuno.**

26 de febrero de 2018. **La gracia de la vergüenza.**

27 de febrero de 2018. **Como un padre con el hijo.**

1 de febrero de 2018. **No
somos ni eternos ni
efímeros.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
6, viernes 9 de febrero de
2018.

La muerte es «un hecho, una
herencia y una memoria» que
nos recuerda que no somos
«dueños del tiempo», ni
«efímeros» ni «eternos», y nos
salva del riesgo de permanecer

«presos en el laberinto egoísta del momento presente». Pero precisamente la mirada a la muerte que ayuda a vivir bien la vida es el mensaje que el Papa Francisco ha propuesto en la misa celebrada el jueves 1 de febrero en Santa Marta.

«La primera lectura nos habla de la muerte: la muerte del rey David» hizo notar el Pontífice, refiriéndose al pasaje tomado del primer libro de Reyes (2, 1-4, 10-12). «Los días de David se habían acercado a la muerte» porque, afirmó Francisco, también «él, el gran

rey, el hombre que había consolidado precisamente el reino, debe morir, no es el dueño del tiempo: el tiempo continúa y él continúa en otro estilo de tiempo, pero continúa. Está en camino».

Por otro lado, explicó Francisco, «nosotros no somos ni eternos ni efímeros: somos hombres y mujeres en camino en el tiempo, tiempo que comienza y tiempo que termina». Y «esto nos hace pensar que es bueno rezar y pedir la gracia del sentido del tiempo para no convertirse en prisioneros del

momento que está siempre cerrado en sí mismo». Así, afirmó el Papa, «delante de este pasaje del primer libro de los Reyes», que cuenta «la muerte de David, quisiera proponer tres ideas: la muerte es un hecho, la muerte es una herencia y la muerte es una memoria».

Sobre todo, explicó Francisco, «la muerte es un hecho: nosotros podemos pensar muchas cosas, también imaginarnos ser eternos, pero el hecho viene». Antes o después la muerte llega y «es

un hecho que nos toca a todos nosotros». Porque «nosotros estamos en camino, nosotros somos vagabundos u hombres y mujeres en laberintos». No, advirtió el Papa, «está la tentación del momento que se adueña de la vida y te lleva a ir dando vueltas en el momento en este laberinto egoísta del momento sin futuro, siempre ida y vuelta, ida y vuelta». Y «el camino termina en la muerte: todos lo sabemos». Por esta razón, hizo presente el Pontífice, «la Iglesia siempre ha tratado de hacer reflexionar

sobre este fin nuestro: la muerte». A propósito Francisco sugirió un recuerdo personal: «Cuando estábamos en el seminario nos hacían hacer el ejercicio de la buena muerte: asustaba un poco porque parecía una cámara mortuoria». Pero «hay un ejercicio de la buena muerte que cada uno puede hacer dentro de sí mismo: yo no soy el dueño del tiempo; hay un hecho: yo moriré. ¿Cuándo? Dios lo sabe». Pero seguro «moriré».

«Repetir esto ayuda» dijo el Papa, precisamente porque es un hecho «realista puro» que «nos salva de esa ilusión del momento de tomar la vida como una cadena de anillos de momentos que no tiene sentido». Sin embargo la realidad es que «yo estoy en camino y debo mirar adelante». Dando espacio a la confidencia, Francisco compartió el «recuerdo» de cuando «de niño aprendía a leer, tenía cuatro años. Una de las primeras cosas que aprendí a leer, porque la abuela me lo hizo

leer, era un cartel que ella tenía bajo el cristal de la cómoda y decía así: "Piensa que Dios te mira. Piensa que te está mirando. Piensa que morirás y tú no sabes cuándo"». Esa frase, confió el Papa, «la he recordado hasta hoy y me ha hecho mucho bien, en los momentos de suficiencia, de clausura, donde el momento era el rey». Por tanto «el tiempo, el hecho: todos nosotros moriremos». Al acercarse la muerte, David dice a su hijo: «Yo me voy por el

camino de cada hombre en la tierra». Y así ha sido.

La segunda idea es «la herencia». A menudo sucede que cuando, muriendo, se tiene que ver con «una herencia llegan enseguida los sobrinos para buscar cuánto dinero el tío ha dejado a este, a aquel, al otro». Y «esta historia es tan antigua como la historia del mundo». En realidad cuenta «la herencia del testimonio: ¿qué herencia dejo yo?».

Volviendo al pasaje bíblico actual, «David ¿qué herencia deja?». Francisco recordó que

David fue también «un gran pecador, ¡hizo muchas!». Pero fue también «un gran arrepentido» hasta ser «un santo» incluso «con las grandes que había hecho». Y David es santo, explicó el Pontífice, precisamente «porque la herencia es esa actitud de arrepentirse, de adorar a Dios antes de a sí mismo, de volver a Dios: la herencia del testimonio». Por eso siempre es oportuno preguntarse «¿qué herencia dejaré a los míos?». Seguramente «la herencia material, buena porque es el

fruto del trabajo». Pero, insistió el Papa, «¿qué herencia personal, de testimonio? ¿Cómo la de David o la vacía?». Por eso a la pregunta «¿qué ha dejado?» no se debe responder solo indicando «las propiedades» sino sobre todo «el testimonio de vida».

«Es verdad que si nosotros vamos a un funeral —prosiguió el Pontífice— el muerto siempre era santo», tanto que «hay dos lugares para canonizar a la gente: la plaza de San Pedro y los funerales, porque siempre

es un santo y porque ya no te amenaza».

«La verdadera herencia» es, por tanto, el testimonio de vida. Así es oportuno «preguntarnos qué herencia» deo «si Dios me llama hoy, qué herencia deo como testimonio de vida». Esta «es una bonita pregunta para hacernos» afirmó Francisco, y así «prepararnos para que todos nosotros, ninguno de nosotros permanezca “de reliquia” : no, todos iremos sobre este camino». Con la cuestión fundamental: ¿Cuál será le

herencia que yo dejaré como testimonio de vida?».

La tercera idea —junto al «hecho» y a la «herencia»— que el Papa sugirió respecto a la muerte es «la memoria». Porque, explicó, «también el pensamiento de la muerte es memoria, pero memoria anticipada, memoria hacia atrás». Por tanto «memoria» y «también luz en este momento de la vida». Pero, prosiguió Francisco, la pregunta para hacerse a uno mismo es «cuando yo muera, ¿qué me hubiera gustado hacer hoy en

esta decisión que yo debo tomar hoy, en el modo de vivir de hoy?». Y esta «es una memoria anticipada que ilumina el momento de hoy». Se trata, en sustancia, de «iluminar con el hecho de la muerte las decisiones que yo debo tomar cada día».

«Es bonito este pasaje del segundo capítulo del primer libro de los Reyes» relanzó, en conclusión, el Pontífice. «Si hoy tenéis tiempo leedlo, es bellísimo, os hará bien» sugirió. Invitando «también a pensar: yo estoy en camino, el hecho

“yo moriré”; cuál será la herencia que dejaré y cómo me sirve a mí la luz, la memoria anticipada de la muerte, sobre las decisiones que debo tomar hoy». Una meditación, aseguró, que «nos hará bien a todos».

5 de febrero de 2018. **Enseñar a adorar.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 6, viernes 9 de febrero de 2018.

Los cristianos deben aprender la «oración de adoración». Y los pastores deben querer la formación de los fieles en esta fundamental forma de oración. Lo subrayó el Papa Francisco el lunes 5 de febrero durante la

misa celebrada en Santa Marta, en la cual participó un grupo de párrocos de reciente nombramiento. Dirigiéndose directamente a ellos, el Pontífice les exhortó: «Enseñad al pueblo a adorar en silencio» para que «así aprendan desde ahora qué haremos todos allí, cuando por la gracia de Dios lleguemos al cielo».

La adoración como objetivo del «camino» del creyente estuvo en el centro de la homilía de Francisco, que comenzó desde la primera lectura del día (*1 Reyes 8, 1-7, 9-13*), en la que

se habla sobre el rey Salomón que «congregó a su pueblo para subir hacia los montes del Señor, hacia la ciudad, hacia el templo», llevando en procesión el arca de la alianza en el Santo de los Santos.

En este camino que preveía un recorrido en ascenso, fatigoso —«el camino fácil es aquel en llanura» observó el Papa— el pueblo llevaba consigo «la propia historia, la memoria de la elección, la memoria de la promesa y la memoria de la alianza». Y con este cargo de memoria se acercaba al templo.

No solo: el pueblo, añadió Francisco, llevaba también « la desnudez de la alianza», es decir, simplemente las «dos tablas de piedra, desnuda, así como lo había hecho Dios» y no como lo habían aprendido «de los escribas, que la habían “hecho barroca” con tantos preceptos». Era ese su tesoro: «la alianza desnuda: yo te amo, tú me amas. El primer mandamiento, amar a Dios; segundo, amar al prójimo. Desnuda, así».

Después, continuó el Pontífice, «con esa memoria de la

elección, de la promesa y de la alianza, el pueblo sube y lleva la alianza arriba. Al llegar arriba, "cuando llegaron todos los ancianos, alzaron el arca, introdujeron el arca en el santuario y en el arca no había nada más que las dos tablas de piedra"». He aquí la «desnudez de la alianza». Y en el pasaje bíblico se lee que «al salir los sacerdotes del Santo, la nube llenó la Casa de Yahveh». Era «la alegría del Señor» que tomaba residencia en el templo. Es en ese momento, explicó el Papa, cuando el

«pueblo entró en adoración», pasando «de la memoria a la adoración, haciendo camino en cuesta». Comenzó así la adoración «en silencio». He aquí el recorrido cumplido por los israelitas: «de los sacrificios que hacía en el camino en ascenso, al silencio, a la humillación de la adoración». Es precisamente en este punto cuando el Pontífice vinculó la palabra de Dios a la realidad actual de las comunidades cristianas: «Tantas veces pienso que nosotros no enseñamos a nuestro pueblo a

adorar. Sí, les enseñamos a rezar, a cantar, a alabar a Dios, pero a adorar...». La oración de adoración, dijo, «nos aniquila sin aniquilarnos: en el aniquilamiento de la adoración nos da nobleza y grandeza». Y a esa experiencia en la que se anticipa la vida en el cielo, añadió, se puede llegar solamente «con la memoria de haber sido elegidos, de tener dentro del corazón una promesa que nos empuja a ir y con la alianza en la mano y en el corazón».

Por lo tanto «siempre en camino: camino difícil, camino en cuesta, pero en camino hacia la adoración», hacia ese momento en el que «las palabras desaparecen frente a la gloria de Dios: no se puede hablar, no se sabe qué decir». Las únicas palabras que emergen de este pasaje de la Escritura vendrán evidenciadas en la liturgia del martes 6 de febrero, en la que proseguirá la lectura del pasaje del libro de los Reyes. Al hacerlo presente el Papa anticipó que el rey «Salomón solamente osa decir

dos palabras, en medio de la adoración: "Escucha y perdona", solamente eso. No se puede decir más. Adorar en silencio con toda una historia al lado» y pedir a Dios: «Escucha y perdona».

Concluyendo su meditación, el Papa sugirió: «Nos hará bien, hoy, tomar un poco de tiempo de oración» y en eso hacer «memoria de nuestro camino, la memoria de las gracias recibidas, la memoria de la elección, de la promesa, de la alianza».

Un recorrido interior en el que «buscar ir arriba, hacia la adoración y en medio de la adoración, con tanta humildad decir solamente esta pequeña oración: “Escucha y perdona”».

8 de febrero de 2018. **Dos historias bíblicas.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 7, viernes 16 de febrero de 2018.

Atención cuando, convencido de vivir tranquilamente sin cometer grandes pecados, el cristiano «resbala lentamente», casi sin darse cuenta, en el «debilitamiento del corazón» y se «corrompe». Es la

advertencia del Papa Francisco que, durante la misa celebrada en Santa Marta el jueves 8 de febrero, comparó dos diferentes historias bíblicas: la de David, el rey «pecador» pero «santo», y la de Salomón, el rey sabio cuyo corazón «se había desviado del Señor» y por eso fue «rechazado» por Dios. Una enseñanza para cada hombre porque, subrayó el Pontífice, si es verdad que para el pecador capaz de arrepentirse el camino de la santidad está siempre abierto, el corrupto sin

embargo se imposibilita por sí solo la posibilidad de salvación. La reflexión del Papa, tomada de la lectura del día (1 Reyes 11, 4-13), inició precisamente del inesperado destino que le toca al rey Salomón, conocido por todos como grande y sabio. El corazón del soberano, de hecho, «no permaneció íntegro con el Señor, su Dios, como el corazón de David, su padre». Una sorpresa porque, dijo Francisco, de «Salomón nosotros no sabemos si había cometido grandes pecados; sin

embargo de David, sí. De Salomón nosotros sabemos que tuvo una vida tranquila, gobernó», mientras que «David tuvo una vida un poco difícil, cayó en el pecado, hizo la guerra». Y también «Salomón es rechazado por el Señor, y David es santo. ¿Cómo se explica esto?».

Hay un detalle dirimente: «Cuando David —subrayó el Pontífice— se convenció de haber pecado, pidió perdón, hizo penitencia», e incluso si no pecó solo una vez, «tuvo siempre la humildad de pedir

perdón». Distinta es la situación de Salomón, quien había sido siempre «equilibrado, no había tenido grandes pecados»; pero en el pasaje bíblico se lee que su corazón «se había “desviado” del Señor», poco a poco, progresivamente. Él había cedido a sus mujeres que lo habían inducido a la idolatría. Precisamente él, «el gran Salomón que el mismo Señor alabó, al principio, cuando pidió la prudencia para gobernar y no pidió riquezas, fama: la prudencia para gobernar al

pueblo», el gran Salomón del cual todo el mundo hablaba: tenía fama internacional». Por él, para conocerlo, se había mudado también la reina de Saba: «¿Y qué dijo ella? "Era verdad, por tanto, lo que había escuchado en mi país sobre ti, sobre tu sabiduría. Yo no creía en lo que se decía, hasta que no llegué aquí y mis ojos no vieron. Y bien, no me habían dicho ni la mitad"». Todo el mundo, por tanto, hablaba de la «grandeza de Salomón». Pero él «no permaneció íntegro delante de Señor y fue

rechazado por el Señor». Su corazón «se había desviado del Señor. Y él, parece que no se dio cuenta de esto».

Aquí, explicó el Papa, se encuentra frente al «problema de debilitamiento del corazón». Se podría decir una caída sutil, porque «no es como una situación de pecado: tú pecas, te das cuenta enseguida». Sin embargo, «el debilitamiento del corazón es un camino lento, que resbala poco a poco, poco a poco, poco a poco». Esto le sucede a Salomón que, «dormido en su gloria, en su

fama, empezó a seguir este camino» y su corazón «se debilitó». Paradójicamente, añadió el Pontífice, «es mejor la claridad de un pecado, que el debilitamiento del corazón», o sea ese proceso en el cual se «resbala lentamente, y tú no te das cuenta. Lentamente, hacia la mundanidad», hacia una vida que parece «digna», pero responde a «corazón débil». Es precisamente así que «el gran rey Salomón, el gran prudente, el gran rey que tanto gustaba a Dios, terminó corrupto: tranquilamente corrupto,

porque el corazón se le había debilitado».

La historia de Salomón es muy actual: «Un hombre y una mujer con el corazón débil, o debilitado, son una mujer, un hombre derrotado», aseguró Francisco recordando que «este es el proceso de muchos cristianos, muchos de nosotros». Se dice: «No, yo no tengo pecados grandes»; pero sería necesario preguntar: «¿Cómo está tu corazón? ¿Es fuerte? ¿Permanece fiel al Señor, o tú resbalas lentamente?».

Al respecto el Papa recordó el episodio evangélico de Mateo (12, 43-45) en el que se habla «de ese hombre que había sido liberado de un diablo, demonio» y «empezó una vida nueva... todo bonito... Pero, con el paso del tiempo, ese demonio vuelve a ver cómo van las cosas ahí. Y ve la casa completamente bien preparada y bonita. Y va a buscar otros siete demonios peores que él; vuelven y el final de ese hombre es peor» de como era antes. Precisamente esto, aclaró Francisco, «es el drama

del debilitamiento del corazón. Y a todos nosotros nos puede suceder esto en la vida». Por eso, está siempre bien preguntarse: «Pero, ¿mi corazón es fuerte delante del Señor? ¿O, lentamente, resbalo y me debilito? ¿Qué debo hacer?». Es necesario vigilar, explicó el Pontífice: «vigilar tu corazón. Vigilar. Todos los días, estar atento a qué sucede en tu corazón. Si permanece firme en la fidelidad al Señor» o si, un día tras otro, resbala lentamente.

«David —concluyó el Papa Francisco— es santo». Era pecador, es verdad, pero «un pecador puede convertirse en santo». Sin embargo «Salomón fue rechazado porque era corrupto». Y «un corrupto no puede convertirse en santo». Por otro lado, a la corrupción se llega precisamente «por ese camino del debilitamiento del corazón». Por tanto, es necesario «vigilar el corazón todos los días», comprender en qué «relación» se está con el Señor y «disfrutar la belleza y la alegría de la fidelidad».

12 de febrero de 2018. **La paciencia es lo contrario a la resignación.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 8, viernes 23 de febrero de 2018.

«Nuestros hermanos perseguidos en Oriente Medio, expulsados por ser cristianos — y a ellos les importa mucho ser cristianos— han “entrado en paciencia” como el Señor» en

el momento de su pasión: con este pensamiento a los que están viviendo en su piel el drama de la persecución, el Papa celebró el lunes por la mañana, 12 de febrero, la misa en Santa Marta. Un pensamiento acompañado de un consejo espiritual muy práctico: vivir «el gran gozo». Porque cuando se cede a la impaciencia y se eleva la voz, es necesario recordar sobre todo la «paciencia que Dios tiene con nosotros»; o pensar en esos «padres que acogen a hijos discapacitados o enfermos

con una paciencia» que es exactamente lo contrario a la «resignación». «El apóstol Santiago nos dice que es “gran gozo” cuando sufrimos toda clase de pruebas» hizo notar inmediatamente Francisco refiriéndose, precisamente, al pasaje de la carta de Santiago (1, 1-11): «sabiendo que la calidad probada de vuestra fe produce la paciencia en el sufrimiento; pero la paciencia ha de ir acompañada de obras perfectas para que seáis perfectos e íntegros sin que dejéis nada por hacer. Si alguno

de vosotros está a falta de sabiduría —y se entiende de paciencia también— que la pida a Dios». Para Santiago, afirmó el Papa, «gran gozo» es «cuando sufrís toda clase de prueba». Y, reiteró el Pontífice, «el apóstol repite la última de las bienaventuranzas en el elenco de Mateo: “Beatos vosotros cuando os insulten, cuando os persigan y digan toda clase de cosa contra vosotros por causa mía”. Beatos. “Beatos vosotros”». Por lo tanto, «“gran gozo cuando sufrís toda clase de prueba”,

sabiendo que aquella fe, en la prueba, produce paciencia». «No es fácil entender — reconoció el Papa— lo que es la paciencia, lo que es ser paciente en la vida, lo que significa ser paciente frente a las pruebas: podemos decir que la paciencia no es un comportamiento de los derrotados, la paciencia cristiana no va por el camino de la derrota, es otra cosa». Por eso, explicó Francisco, «los que piensan que tener paciencia es llevar en la vida una derrota se equivocan y en

vez de paciencia tienen resignación». Y tal vez dicen: «en la lotería de la vida me ha tocado esto y lo llevo adelante». Pero «eso no es paciencia, eso es resignación» insistió el Pontífice. Y «de la resignación no habla el apóstol, habla de la paciencia».

«La paciencia es una virtud de la gente que está en marcha, no de aquellos que están cerrados, quietos» hizo notar el Papa. Y «cuando se está en camino suceden tantas cosas que no siempre son buenas: a mí me dice mucho sobre la

paciencia como virtud en el camino el comportamiento de los padres cuando llega un hijo enfermo o discapacitado, nace así» y ellos dicen «“¡pero gracias a Dios que está vivo!”: estos son los pacientes».

Y «llevando toda la vida a aquel hijo con amor, hasta el final: no es fácil llevar durante años y años y años a un hijo discapacitado, un hijo enfermo; pero la alegría de tener ese hijo les da a ellos la fuerza de ir adelante. Y esto es paciencia, no es resignación: es decir, es

la virtud que viene cuando uno está en marcha».

«En su etimología —explicó Francisco— la palabra significa “llevar arriba”, “llevar sobre los hombros”». Un comportamiento que «cansa, es cierto: pero el paciente lleva hacia arriba, no deja el problema, no deja el límite, no deja el sufrimiento, lo lleva hacia arriba» y lo hace incluso «con gozo, alegría, “gran gozo”, dice el apóstol». Paciencia, por lo tanto «significa “llevar arriba” y no confiar a otro que lleve el problema, que lleve la

dificultad: “La llevo yo, esta es mi dificultad, es mi problema. ¿Me hace sufrir? ¡Claro! Pero lo llevo”». Paciencia es por lo tanto «llevar arriba». Y «paciencia» —continuó el Pontífice en su meditación— es también la sabiduría de saber dialogar con el límite: hay tantos límites en la vida pero el impaciente no los quiere, los ignora porque no sabe dialogar con los límites». Tal vez «hay alguna fantasía de omnipotencia o de pereza, no sabemos». En cambio, «el paciente sabe dialogar con los

límites: la paciencia es una beatitud, es la virtud de aquellos que caminan, no de los quietos o cerrados; es soportar, llevar a los hombros las cosas no agradables de la vida. También las pruebas; es capacidad de dialogar con los límites».

«La paciencia no es un consejo que da el apóstol a nosotros cristianos» dijo el Pontífice. «Si nosotros miramos la historia de la salvación —explicó— podemos ver la paciencia de Dios, de Dios Padre, nuestro Padre: cuanta paciencia con

este pueblo testarudo, con este pueblo que no sabía reconocer las cosas buenas y que, cuando se aburría, olvidaba a Dios y hacía un ídolo e iba de una parte a otra». Pero «el Señor con paciencia lo condujo, lo llevó adelante». Y «podemos también hacer el parangón», relanzó Francisco, con «la paciencia que Dios tiene conmigo, cada uno de nosotros: la paciencia de Dios al acompañar, al esperar los tiempos».

«Nos hará bien pensar que nosotros tenemos un Padre que

es paciente con nosotros» sugirió el Papa. Y «después este Dios, al final, envía a su Hijo para “entrar en paciencia”: Jesús “entra en paciencia”, sobre todo en la pasión». En su Evangelio, «Lucas dice que el Señor fue decididamente hacia Jerusalén: la decisión de tomar la misión, “entró en paciencia”: sufrió».

Ciertamente, reconoció Francisco, «no es fácil “entrar en paciencia”. Y aquí pienso en nuestros hermanos perseguidos en Oriente Medio, expulsados por ser cristianos y a ellos les

importa mucho ser cristianos: han “entrado en paciencia” como el Señor ha “entrado en paciencia”». «Con estas ideas —concluyó el Pontífice— tal vez podemos hoy rezar por nuestro pueblo: “Señor, da a tu pueblo paciencia para llevar arriba las pruebas”».

Y «también rezar por nosotros: tantas veces somos impacientes, cuando algo no funciona, reprendemos». Pero he aquí la sugerencia de Francisco: «Detente un poco, piensa en la paciencia de Dios Padre, “entra en paciencia”

como Jesús». Por eso es necesario pedir al Señor la paciencia que «es una bella virtud».

16 de febrero de 2018. **Cuál es el verdadero ayuno.**

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 8, viernes 23 de febrero de 2018.

Cuaresma: tiempo privilegiado de penitencia y de ayuno, pero, ¿qué penitencia y qué ayuno quiere del hombre el Señor? El riesgo, de hecho, es «maquillar» una práctica virtuosa, ser «incoherentes». Y

no se trata solo de «elecciones alimentarias», sino de estilos de vida por los cuales se debe tener la «humildad» y la «coherencia» de reconocer y corregir los propios pecados. Es esta, en síntesis, la reflexión que, al inicio del camino cuaresmal, el Pontífice propuso a los fieles durante la misa celebrada en Santa Marta la mañana del viernes 16 de febrero. Palabra clave de la meditación, sugerida por la liturgia del día, fue «ayuno»: «Ayuno frente a Dios, ayuno que es adoración, ayuno en

serio», porque «ayunar es una de las tareas a hacer en la Cuaresma». Pero no en el sentido de quien dice: «Como solo los platos de la Cuaresma». De hecho, comentó Francisco, «esos platos hacen un banquete! No es cambiar de platos o hacer el pescado de un modo u otro, más sabroso». Si no, no se hace otra cosa que «continuar el carnaval». Es la palabra de Dios, subrayó, la que amonesta que «nuestro ayuno sea verdadero. Verdadero en serio». Y, añadió, «si tú no puedes hacer ayuno

total, ese que hace sentir el hambre hasta los huesos», al menos «haz un ayuno humilde, pero verdadero».

En la primera lectura (*Isaías 58, 1-9*), a ese respecto.

«el profeta subraya muchas incoherencias en la práctica de la virtud». Precisamente «esta es una de las incoherencias».

El elenco de Isaías es detallado: «vosotros decís que me buscáis, me habláis. Pero no es cierto» y «en el día de vuestro ayuno os ocupáis de vuestros asuntos»: es decir, mientras «ayunar es un poco

despojarse», nos preocupa «ganar dinero». Y de nuevo: «explotáis a todos vuestros trabajadores»: es decir, explicó el Papa, mientras se dice: «Te agradezco Señor porque yo puedo ayunar», se desprecia a los obreros que sobre todo «deben ayunar porque no tienen qué comer». La acusación del profeta es directa: «He aquí, vosotros ayunáis para litigio y pleitos y para dar puñetazos a malvados».

Es una doble cara inadmisibles. Explicó el Pontífice: «Si tú

quieres hacer penitencia hazla en paz. Pero tú no puedes por una parte hablar con Dios y por la otra hablar con el diablo, invitar al ayuno a los dos; esta es una incoherencia». Y, siguiendo siempre las indicaciones de la Escritura —«No ayunéis más como hoy, para hacer oír en las alturas vuestra voz»— Francisco puso en guardia sobre el exhibicionismo incoherente. Y sobre el comportamiento de quien, por ejemplo, recuerda siempre: «nosotros somos católicos, practicamos; yo

pertenezco a esa asociación, nosotros ayunamos siempre, hacemos penitencia». A ellos preguntó idealmente: «Pero, ¿ayunáis con coherencia o hacéis la penitencia incoherentemente como dice el Señor, con ruido, para que todos la vean y digan: “Pero qué persona justa, qué hombre justo, qué mujer justa?”». Esto, de hecho, «es un truco; es maquillar la virtud. Es maquillar el mandamiento». Y es, añadió, una «tentación» que todos alguna vez hemos sentido, «de maquillar en vez

de ir en serio sobre la virtud, sobre lo que el Señor nos pide». Al contrario, el Señor «aconseja a los penitentes, a esos que ayunan de maquillarse, pero en serio: "Ayunad, pero maquillaos para que la gente no vea que estáis haciendo penitencia. Sonreíd, estad contentos». Frente a tantos que «tienen hambre y no pueden sonreír», esta es la sugerencia para el creyente: «Tú busca el hambre para ayudar a los otros, pero siempre con la sonrisa, porque tú eres un hijo de Dios y el

Señor te ama tanto y te ha revelado estas cosas. Pero sin incoherencias». A este punto, la reflexión del Pontífice fue aún más profunda, provocada por la pregunta: «¿qué ayuno quiere el Señor?». La respuesta llega también de la Escritura, donde en primer lugar se lee: «Doblegar como junco la cabeza». Es decir: humillarse. Y a quien pregunta: «¿Qué hago para humillarme?», el Papa responde: «Pero piensa en tus pecados. Cada uno de nosotros tiene muchos». Y «avergüénzate», porque

aunque el mundo no los conozca, Dios los conoce bien. Este, por tanto, «es el ayuno que quiere el Señor: la verdad, la coherencia». Después hay un añadido: «desatar los lazos de maldad» y «deshacer las coyundas del yugo». El examen de conciencia, en este caso apunta al objetivo sobre la relación con los otros. Para hacerse comprender mejor, el Papa puso un ejemplo muy práctico: «Yo pienso en muchas empleadas del hogar que ganan el pan con su trabajo» y que son a menudo «humilladas,

despreciadas». Aquí su reflexión dejó espacio al recuerdo personal: «Nunca he podido olvidar una vez que fui a casa de un amigo cuando era niño. Vi a la madre dar una bofetada a la empleada del hogar. 81 años... No lo he olvidado eso». De aquí una serie de preguntas dirigidas idealmente a quien tiene personas en servicio: «¿Cómo los tratas? ¿Como personas o como esclavos? ¿Les pagas lo que es justo, les das vacaciones? ¿Es una persona o es un animal que te ayuda en

tu casa?». Una petición de coherencia que vale también para los religiosos, «en nuestras casas, en nuestras instituciones: ¿Cómo me relaciono yo con la empleada que tengo en casa, con las empleadas que están en casa?». Aquí el Pontífice añadió otra experiencia personal, recordando un señor «muy culto» pero que «explotaba a la empleada del hogar» y que, ante la consideración de que se trataba de un «pecado grave» contra personas que son «imagen de Dios», objetaba:

«No, padre, debemos diferenciar: esta gente es inferior».

Por eso es necesario «deshacer las coyundas del yugo, desatar los lazos de maldad, devolver la libertad a los oprimidos, romper todo yugo». Y, comentado al profeta que advierte:

«compartir el pan con el hambriento, dejar entrar en casa a las personas pobres y sin hogar», el Papa contextualizó: «Hoy se discute si damos el techo o no a los que vienen a pedirlo...». Y las indicaciones continúan: «Vestir

uno que ves desnudo», pero «sin descuidar a tus parientes». Es el verdadero ayuno, el que implica la vida cotidiana. «Debemos hacer penitencia, debemos sentir un poco el hambre, debemos rezar más» dijo Francisco; pero si «nosotros hacemos mucha penitencia» y no vivimos así el ayuno, «la semilla que nacerá de ahí» será «la de la soberbia», la de quien dice: «Te doy gracias, Señor, porque puedo ayunar como un santo». Y esto, añadió, «es el truco feo», y no el que Jesús mismo

sugiere «para no hacer ver a los otros que yo ayuno» (cfr. *Mateo*, 6, 16-18). La pregunta para plantearse, concluyó el Pontífice, es: «¿Cómo me comporto con los otros? ¿Mi ayuno llega para ayudar a los otros?». Porque si esto no sucede, ese ayuno «es fingido, es incoherente y te lleva sobre el camino de una doble vida». Es necesario, por tanto, «pedir humildemente la gracia de la coherencia».

26 de febrero de 2018. **La gracia de la vergüenza.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 9, viernes 2 de marzo de 2018.

Dos consejos espirituales del Papa Francisco para la Cuaresma: «no juzgar a los otros» y «pedir a Dios la gracia de la vergüenza por los propios pecados». Son «el juicio» y «la misericordia», con la sugerencia de una examen de

conciencia personal, los puntos cardinales de la meditación del Pontífice en la misa celebrada el lunes por la mañana, 26 de febrero, en Santa Marta.

«La Cuaresma es un camino de purificación: la Iglesia nos prepara para la Pascua y nos enseña también a renovarnos, a convertirnos» hizo presente Francisco. Y «podemos decir que el mensaje de hoy es el juicio, porque todos nosotros seremos sometidos a juicio: todos». Tanto que «ninguno de nosotros podrá huir del juicio de Dios: el juicio personal y

después el juicio universal». «Bajo esta óptica —afirmó el Papa— la Iglesia nos hace reflexionar sobre dos actitudes: la actitud hacia el prójimo y la actitud con Dios». En particular, respecto al «prójimo nos dice que no debemos juzgar: “No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Es más: perdonad y seréis perdonados”». Y «el Señor es claro en esto» explicó Francisco, citando el pasaje del Evangelio de Lucas (6, 36-38) propuesto por la liturgia del día.

Cierto, prosiguió el Pontífice, «cada uno de nosotros puede pensar: “yo nunca juzgo, yo no hago de juez». Pero «si nosotros buscamos en nuestra vida, en nuestras actitudes, icuántas veces el argumento de nuestras conversaciones es juzgar a los otros!». Quizá también «un poco de forma natural» nos sale decir: «esto no va». Pero, insistió Francisco, «¿quién te ha hecho juez a ti?».

En realidad «este juzgar a los otros es algo feo, porque el único juez es el Señor». Por

otro lado, «Jesús reconoce esta tendencia nuestra a juzgar a los otros» y nos avisó: «Estate atento, porque en la medida con la que tú juzgas, serás juzgado: si tú eres misericordioso, Dios será misericordioso contigo». Por tanto, «no juzgar».

Casi como si fuera un test, el Papa propuso: «Podemos hacernos esta pregunta: en las reuniones que nosotros tenemos, una comida, lo que sea, pensemos de dos horas de duración: de esas dos horas, ¿cuántos minutos se han

gastado para juzgar a los otros?» Y si «esto es el "no", ¿cuál es el "sí"? Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. Es más: sed generosos, "dad y se os dará"». Pero, «¿qué se me dará? "Una medida buena, apretada, remecida y rebosante"», recordó Francisco citando una vez más el pasaje de Lucas. Y esto es «la abundancia de la generosidad del Señor, cuando nosotros estemos llenos de la abundancia de nuestra misericordia al no juzgar».

Francisco sugirió así pensar «un poco en esto: ¿yo juzgo a los otros? ¿Cómo juzgo? De la misma forma, yo seré juzgado. ¿Soy misericordioso con los otros? De la misma forma el Señor será misericordioso conmigo». Y «podemos —hoy, mañana, pasado mañana— tomar algunos minutos para pensar en estas cosas, y nos hará bien».

«La segunda parte del mensaje de la Iglesia de hoy —prosiguió— es la actitud con Dios». Y «es tan bonito como el profeta nos dice, cómo debe ser la actitud

con Dios: humilde», explicó el Pontífice refiriéndose al pasaje bíblico de Daniel (9, 4-10). Por tanto, «tú eres Dios, yo soy pecador: el diálogo con Dios empieza siempre de esta adoración penitencial: tú eres Dios, yo soy pecador». Escribe, de hecho, Daniel: «Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos sido malos, nos hemos rebelado y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus normas». En una palabra, «hemos pecado, Señor». Pero precisamente «esta es la

humildad delante de Dios. Cada uno de nosotros conoce los propios pecados y esto puede decirlo delante de Dios: Señor, he pecado, soy un pecador y "a ti la justicia"».

Por otro lado «nosotros sabemos que la justicia de Dios es misericordia, pero es necesario decirlo: "A ti, Señor, la justicia, a nosotros, la vergüenza"». Y «cuando se encuentran la justicia de Dios con nuestra vergüenza, ahí está el perdón».

Al respecto, Francisco sugirió las preguntas para hacerse a

uno mismo para un examen de conciencia: «¿Yo creo que he pecado contra el Señor? ¿Yo creo que el Señor es justo? ¿Yo creo que es misericordioso? ¿Yo me avergüenzo delante de Dios, de ser pecador?». Y la respuesta es «así de simple: "A ti, la justicia, a mí, la vergüenza"». Por tanto, debemos «pedir la gracia de la vergüenza».

«En mi lengua materna — confió el Papa— a la gente fea, mala, que hace el mal, se le llama "desvergonzado", sin vergüenza». Por eso, insistió,

debemos «por favor pedir la gracia de que nunca nos falte la vergüenza delante de Dios: “A ti la justicia, a mí la vergüenza”». Porque «la vergüenza es una gran gracia». En conclusión, el Pontífice invitó a examinar nuestra «actitud hacia el prójimo», recordando «que con la medida con la que yo juzgo, seré juzgado». Por eso «no debo juzgar». Y «si digo algo sobre otro, que sea generosamente, con mucha misericordia». En cuanto a la «actitud delante de Dios», debe estar centrada en

«este diálogo esencial: “A ti, la justicia, a mí, la vergüenza”».

27 de febrero de 2018. Como un padre con el hijo.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 9, viernes 2 de marzo de 2018.

«Un café» con el Señor y después, con «el recibo del perdón», adelante «en el camino de conversión». Con la conciencia de que el Señor nos llama de todas las formas para encontrarlo, el Papa Francisco indicó —en la misa celebrada el

martes 27 de febrero en Santa Marta— la imagen del padre que tiene que lidiar con las «chiquilladas del hijo adolescente» pero le da «confianza» para que no lo repita.

«El Señor no se cansa de llamarnos a la conversión, a cambiar vida» recordó el Papa. Y «todos debemos cambiar de vida: todos necesitamos convertirnos siempre, dar un paso adelante en la camino del encuentro con Jesús». La Cuaresma «nos ayuda a esto, a la conversión, a cambiar de

vida». Pero «esta —explicó Francisco— es una gracia que pedimos al Señor porque, como hemos rezado en la oración colecta, la Iglesia no puede sostenerse sin el Señor: es Él quien nos da la gracia».

«El Señor —hizo presente el Pontífice— nos reprende muchas veces, de distintas maneras, nos advierte, nos hace ver el pecado que es tan feo». Pero «el Señor cambia la manera de hacernos ver la maldad del pecado y con esto nos ayuda a la conversión».

Precisamente en la liturgia del día, relanzó el Papa refiriéndose al pasaje del profeta Isaías (1, 10.16-20), «hemos escuchado en la primera lectura una llamada a la conversión, pero es una llamada en un estilo especial: no amenaza, allí, el Señor», sino que «llama con dulzura, dando confianza».

«Después de haber dicho las cosas que se debían hacer y no se debían hacer —recordó Francisco— el Señor dice: “Ven, arriba: venid y discutamos. Hablemos un poco”». El Señor,

por tanto, «no nos asusta, es como el padre del hijo adolescente que ha hecho una chiquillada y debe regañarlo y sabe que si va con el bastón la cosa no irá bien, debe ir con la confianza».

Por tanto, prosiguió el Pontífice, «el Señor en este pasaje nos llama así: "Arriba, venid, tomemos un café juntos, hablemos, discutamos, no tengas miedo, no quiero hacerte daño"». Y «si como sabe que el hijo piensa: "pero yo he hecho cosas...", enseguida» añade: «Aunque

tus pecados fueran como escarlata, se volverán blancos como la nieve. Si fueran rojos como púrpura, se volverán como lana». En resumen, «el Señor da confianza, como el padre da confianza al hijo adolescente».

Francisco hizo notar que «muchas veces el Señor nos llama así». E hizo referencia a un episodio evangélico, cuando Jesús dice: «¡Tú, Zaqueo, baja! Baja, ven conmigo, vamos a comer juntos!». Y en esa ocasión, afirmó el Papa, «Zaqueo llama a toda la

cordada de sus amigos —ique no eran precisamente de Acción Católica!— pero llama a todos y escuchan al Señor».

Precisamente «con ese gesto de confianza el Señor se acerca al perdón y cambia el corazón».

El mismo sistema utilizó Jesús con Mateo, diciéndole: «Debo ir a tu casa». Es así como «el Señor siempre busca la manera»; sin embargo «otras veces advierte: “no, malditos, vosotros que no habéis hecho esto, esto...”». Es una advertencia «fuerte», explicó el Pontífice, «pero también en

nuestra vida el Señor toma esta actitud de padre con hijo adolescente, tratando de hacerle ver con la persuasión que debe dar un paso adelante: dar un paso adelante en el camino de la conversión».

«Agradecemos al Señor por su bondad», relanzó Francisco, explicando que «él no quiere hacernos daño ni condenarnos: dio su vida por nosotros y esta es su bondad y siempre busca el modo de llegar al corazón». Por esa razón, afirmó «cuando nosotros sacerdotes, en el lugar del Señor, debemos escuchar

las conversiones, también nosotros debemos tener esta actitud de bondad, como dice el Señor: “Venid, discutamos, no hay problema, el perdón existe”». Y «no la amenaza, desde el principio».

Al respecto el Papa confió haberse «quedado conmovido hace algunos días cuando un cardenal que confiesa varias veces a la semana, por la tarde aquí en el Santo Espíritu en Sassia —hace dos horas de confesión, cada día— me contó cómo es su actitud: “Cuando yo veo a una persona a la que le

cuesta decir algo, que se ve que es grande, grande y yo entiendo inmediatamente qué es, digo: he entendido, he entendido, está bien, ¿otra cosa?"». Y este comportamiento, hizo presente Francisco, «abre el corazón y la otra persona se siente en paz y va adelante y continúa el diálogo».

Pero esto es también lo que hace «el Señor con nosotros: "Venid, discutamos, hablemos; toma el recibo del perdón, el perdón existe; ahora hablemos

un poco para que tú no hagas otra chiquillada después"». «A mí me ayuda ver este comportamiento del Señor: el padre con el hijo que se cree grande, que se cree crecido y todavía está a mitad de camino», añadió el Pontífice. Y «el Señor sabe que todos nosotros estamos a mitad de camino y tantas veces necesitamos esto, sentir esta palabra: "Ven, no te asustes, ven, el perdón existe"». Esto, concluyó, «nos alienta: ir al Señor con el corazón abierto, es el padre que nos espera».

***Homilías del Papa Francisco,
en la Misa de la mañana en
santa Marta.
Año 2018.***



***Textos tomados de:
www.vatican.va***

Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com

MARZO.

5 de marzo de 2018.

Conversión del pensamiento.

6 de marzo de 2018. Perdonar para ser perdonados.

15 de marzo de 2018. Cara a cara con Dios.

20 de marzo de 2018. Para superar el desierto.

22 de marzo de 2018. Dios ama a cada uno como un padre y como una madre.

5 de marzo de 2018.

Conversión del pensamiento.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 10, viernes 9 de marzo de 2018.

«Convertir el pensamiento», además «de las obras y los sentimientos» en la convicción de que «la fe no es un espectáculo»: esta es la sugerencia propuesta para la

Cuaresma por el Papa Francisco, en la misa celebrada el lunes por la mañana, 5 de marzo, en Santa Marta. Porque, afirmó, «es importante no solo lo que yo pienso, sino cómo pienso».

«En este tiempo de Cuaresma, tiempo de conversión, hoy la Iglesia nos hace reflexionar sobre la conversión del pensamiento» hizo notar en seguida el Pontífice. Sí, «también el pensamiento debe convertirse: no por lo que piensa solamente, sino por cómo piensa». Y precisamente

así «también el estilo del pensamiento debe convertirse».

Además, afirmó Francisco, «la Iglesia nos dice que nuestras obras deben convertirse y nos habla del ayuno, de la limosna, de la penitencia: es una conversión de las obras». Se trata en concreto, reiteró el Papa, de «hacer obras nuevas, obras con el estilo cristiano, ese estilo que viene de las bienaventuranzas» así como lo presenta Mateo en el capítulo 25 de su Evangelio. Es necesario, por tanto, aplicar en

nuestra vida el estilo de las Bienaventuranzas.

Pero «la Iglesia nos habla también de la conversión de los sentimientos» explicó

Francisco, porque «también los sentimientos deben

convertirse: pensemos por ejemplo en la parábola del buen samaritano» que nos llama a «convertirse a la compasión».

«Sentimientos cristianos» por tanto, afirmó el Papa, junto a «conversión de las obras, conversión de los sentimientos, pero hoy» la Iglesia «nos habla

de la "conversión del pensamiento": no de lo que pensamos sino también de cómo pensamos, del estilo del pensamiento». Y así conviene preguntarse a sí mismos: «¿Yo pienso con un estilo cristiano o con un estilo pagano?».

Y precisamente «este es el mensaje que hoy la Iglesia nos da» hizo presente el Pontífice, refiriéndose a las «dos historias» propuestas por la liturgia que «nos ayudan a entender. En primer lugar, explicó recorriendo el pasaje bíblico tomado del segundo

libro de Reyes (5, 1-15), está «Naamán el siro que va donde Eliseo para ser sanado», pero «cuando escucha lo que el profeta le dice que haga, se enfada, se desdeña y quiere volver sin hacerlo» diciendo «pero es una broma, este se burla de mí, donde nosotros hay ríos más bonitos que este Jordán». Y, explicó Francisco, «serán los siervos, que tienen un sentido de la realidad muchas veces más adecuado, quienes le dicen "haz la prueba"» de sumergirse siete

veces en el río Jordán para curar la lepra.

La cuestión, afirmó el Papa, es que Naamán «esperaba el espectáculo, pensaba que Dios vendría solamente en el espectáculo y, dentro del espectáculo» se esperaba también «la sanación». Se lee de hecho en el pasaje bíblico que a las palabras de Eliseo, «se irritó Naamán y se marchaba diciendo “yo que había dicho: ¡Seguramente saldrá, se detendrá, invocará el nombre de Yahveh su Dios,

frotará con su mano mi parte enferma y sanaré de la lepra"». Pero «el estilo de Dios es otro: sana de otra manera» advirtió el Pontífice. Y se «debe aprender a pensar en un nuevo estilo», se «debe convertir la forma de pensar».

«Lo mismo sucede con Jesús» explicó Francisco haciendo referencia al pasaje evangélico de Lucas (4, 24-30): «Jesús vuelve a Nazareth, va a la sinagoga y, como era costumbre, le ofrecen el libro para leerlo y él lee ese pasaje de Isaías y termina diciendo:

“Esta escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy”».

En particular, afirmó el Papa, «el texto antes de ese de hoy, la parte que viene antes, dice que la gente lo miraba, estaba sorprendida —«¡qué bonito, lo que ha dicho, qué bonito!»— estaba contenta». Pero, prosiguió, «no falta nunca un charlatán que ha empezado a decir “pero este, este es hijo de un carpintero, ¿qué nos enseña? ¿En qué universidad ha estudiado?» — «Sí, es el hijo de José». Y así, dijo Francisco, «empezaron a

cruzarse las opiniones y cambia la actitud de la gente: quieren matarlo». Se pasa «de la admiración, del estupor, a las ganas de matarlo».

El hecho, prosiguió el Papa, es que «también estos» que estaban en la sinagoga de Nazareth «querían el espectáculo» de Jesús y de hecho decían «pero que haga milagros, lo que dicen que ha hecho en Galilea, y nosotros creeremos». Es así, sin embargo, que Jesús explica las cosas: «En verdad os digo que

ningún profeta es bien recibido en su patria».

En realidad, hizo presente el Papa, «a nosotros nos cuenta decir que alguno de nosotros puede corregirnos: debe venir uno con el espectáculo, a corregirnos». Pero «la religión no es un espectáculo, la fe no es un espectáculo: es la palabra de Dios y el Espíritu Santo que actúa en los corazones».

«La Iglesia hoy nos invita a cambiar la forma de pensar, el estilo de pensar» insistió el Pontífice. Tanto que «tú podrás

recitar todo el Credo, también todos los dogmas de la Iglesia, pero si no lo haces con el espíritu cristiano no sirve de nada». Porque «no solo es importante lo que yo pienso, sino cómo pienso». Y entonces, sugirió Francisco, preguntémonos «con qué espíritu yo pienso: ¿con espíritu cristiano o con espíritu mundano?». Y «el mismo pensamiento tiene un valor más bien diverso si está de una parte o de la otra». De ahí la importancia de la «conversión del pensamiento»,

del «pensar de cristiano». Y «el Evangelio está lleno de esto»: por ejemplo «cuando Jesús continuamente dice “se os ha dicho esto, pero yo os digo esto” cambia el estilo de pensamiento». Lo mismo «cuando dice al pueblo, hablando de los doctores de la ley, “haced todo lo que ellos os dicen, pero no lo que hacen; creed en todo lo que os enseñan, pero no en la forma de creer que ellos tienen”». Precisamente esta es «la conversión del pensamiento».

En realidad, reconoció Francisco, «no es habitual que nosotros pensemos de esta manera» y por esta razón «también la forma de pensar, la forma de creer debe ser convertida». Concretamente el Papa propuso algunos interrogantes para plantearse a sí mismo: «¿Con qué espíritu pienso? ¿Con el espíritu del Señor o con el espíritu propio, el espíritu de la comunidad a la cual pertenezco o del grupo o de la clase social a la que pertenezco o del partido al que pertenezco? ¿Con qué espíritu

pienso?». Y así, verificando «si yo pienso realmente con el espíritu de Dios, pedir la gracia de discernir cuando pienso con el espíritu del mundo y cuando pienso con el espíritu de Dios». Y por esto, concluyó Francisco, es importante pedir a Dios también «la gracia de la conversión del pensamiento».

6 de marzo de 2018. **Perdonar para ser perdonados.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 11, viernes 16 de marzo de 2018.

«Lamentablemente» y «siempre que»: con estas dos expresiones el Papa Francisco ha explicado qué es y cómo se vive realmente y hasta el fondo el perdón. En la misa celebrada el martes por la mañana 6 de

marzo en Santa Marta, el Pontífice sugirió no avergonzarse de acusarse a sí mismos de ser «lamentablemente» pecadores. Y recordó que el Señor está siempre preparado para perdonarnos «siempre que» nosotros perdonemos a los otros.

«Siempre en este camino de conversión que es la Cuaresma hoy la Iglesia nos hace reflexionar sobre el perdón» hizo notar enseguida el Papa, preguntándose: «¿Qué es el perdón? ¿De dónde viene el

perdón?»». Para responder a estos interrogantes Francisco hizo referencia a las «dos lecturas de hoy» que, dijo, «podemos explicar con dos palabras sencillas:

lamentablemente y siempre que». Son precisamente estas «las dos palabras del mensaje de hoy: lamentablemente y siempre que».

En la primera lectura, tomada del libro de Daniel (3, 25.34-43): «Y Azarías, de pie en medio del fuego, reza al Señor y pide: “No nos abandones para siempre, Señor, míranos”».

Azarías «estaba en el fuego porque no había querido adorar al ídolo: adoraba solamente a Dios». Y de hecho «él no reprochaba a Dios, no dice: "Pero mira, yo me he expuesto por ti, he dado la cara por ti ¿y tú me pagas así?"». Por tanto Azarías «no dice esto; va a la raíz» y pregunta: «¿Por qué me sucede esto a mí y nuestro pueblo? Porque hemos pecado. Tú eres grande Señor, tú eres grande. Tú nos has salvado siempre pero, lamentablemente, hemos pecado. Nosotros queríamos

servirte pero,
lamentablemente, somos
pecadores».

Precisamente «en ese momento —reiteró el Pontífice— Azarías confiesa el propio pecado: el pecado del pueblo. Se acusa a sí mismo». Y de hecho, «la acusación de nosotros mismos es el primer paso hacia el perdón: “Señor, no retires de nosotros tu misericordia. Nos hemos hecho pequeños, hemos pecado. ¡Si pudiéramos ser acogidos con el corazón contrito, con el espíritu humillado!”». Es así por tanto,

la acusación a sí mismos:
«Hemos pecado, tú eres grande, lamentablemente he pecado».

«Acusarse a sí mismo es parte de la sabiduría cristiana» insistió el Papa. Ciertamente no es sabiduría cristiana «acusar a los otros». Es necesario sin embargo acusarse a «sí mismo» y afirmar: «yo he pecado». Y «cuando nosotros nos acercamos al sacramento de la penitencia», sugirió Francisco, es necesario «tener esto en la mente: Dios grande que nos ha dado tantas cosas y

lamentablemente yo he pecado, yo he ofendido al Señor y pido salvación». Pero «si yo voy al sacramento de la confesión, de la penitencia, y empiezo a hablar de los pecados de los otros, no sé qué busco» afirmó el Papa: seguramente «no busco el perdón». Más bien «trato de justificarme y nadie puede justificarse a sí mismo, solamente Dios nos justifica». «Me viene a la mente —confió Francisco— esa anécdota histórica de una señora que se acercó al confesionario y empezó a hablar de la suegra:

qué hacía la suegra, cómo la hacía sufrir». Y «pasados quince minutos el confesor le dice: "Señora, está bien, usted ha confesado los pecados de su suegra, ahora confiese los suyos"».

«Muchas veces vamos a pedir perdón al Señor justificándonos, viendo qué cosa mala han hecho los otros» reiteró el Pontífice. Pero la actitud adecuada es reconocer que, «lamentablemente, yo he pecado». En resumen, «acusarse a sí mismo». Y «esto le gusta al Señor, porque el

Señor recibe el corazón contrito». Al respecto son claras las palabras de Azarías: «No hay desilusión para aquellos que confían en ti». Porque «el corazón contrito dice la verdad al Señor: "Yo he hecho esto, Señor, he pecado contra ti"». Pero «el Señor le tapa la boca, como el padre al hijo pródigo, no lo deja hablar: su amor lo cubre, perdona todo».

«Acusarnos a nosotros mismos», por tanto. «Cuando yo voy a confesarme, ¿qué hago? ¿Me justifico o me

acusado?» es la pregunta planteada por Francisco. Con la sugerencia de «no tener vergüenza, él nos justifica: “Señor, tú eres grande, me has dado muchas cosas, lamentable, he pecado”». «El Señor nos perdona, siempre y no una vez» reiteró el Pontífice. «A nosotros —añadió— nos dice que perdonemos setenta veces siete, siempre, porque él perdona siempre: “Yo te perdono, pero siempre que tú perdones a los otros”». Y haciendo referencia al pasaje

evangélico de Mateo (18, 21 – 35), el Papa hizo presente que «si tú vas a pedir perdón al Señor como este siervo, ¡el Señor lo perdona! Pero después si el siervo no perdona a su compañero...». Y así, añadió, «el perdón de Dios viene fuerte a nosotros, siempre que nosotros perdonemos a los otros». Pero, advirtió Francisco, «no es fácil esto porque el rencor pone nido en nuestro corazón y siempre está esa amargura». De hecho «muchas veces llevamos con nosotros la lista de cosas que me han

hecho: este me ha hecho esto, me ha hecho eso, me ha hecho esto». Sin perdonar.

«Un confesor —prosiguió el Pontífice compartiendo otra confidencia— me dijo, una vez, que se encontró en dificultad cuando fue a dar los sacramentos a una anciana que iba a morir. Se confesó bien la anciana de sus pecados y, también, contó historias de familia. Y él dijo: “Pero señora, ¿usted perdona a estos familiares?” —“No, no perdono”». La mujer, afirmó el Papa, estaba «apegada al odio,

el diablo la había encadenado a ese odio». Y así «esa anciana — anciana! — que iba a morir decía: “no perdono”». El confesor, dijo Francisco, trató de hablar de Jesús, que era bueno y ella decía que sí, era bueno y así daba la vuelta, daba la vuelta, daba la vuelta y le dijo: “¿Pero usted cree que Jesús es bueno?” — “Sí, sí”». Y el confesor «dio la absolución, pero el odio la esclavizaba». «Te perdono, siempre que tú perdones a los otros: estas son las dos cosas que nos ayudarán para entender el camino del

perdón» concluyó el Pontífice. Y después se debe «dar gloria a Dios: “Tú eres grande, Señor, me has hecho muchas cosas buenas, lamentablemente he pecado. Perdóname” —“Sí, te perdono, setenta veces siete, siempre que tú perdones a los otros”». Que «el Señor — añadió— nos haga entender estas cosas».

15 de marzo de 2018. **Cara a cara con Dios.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 12, viernes 23 de marzo de 2018.

¿Cuántas veces sucede que a un cristiano se le pide: «Reza por mí»? Y, ¿cuántas veces nos comprometemos a hacerlo, conscientes de lo que realmente significa? Para ponerse frente a Dios, «cara a

cara» con Él, para «llamar a su corazón» se necesita, de hecho, gran «coraje» y otro tanto de «paciencia». Es una «libertad» interior que no se puede dar por descontada. Es lo que subrayó el Papa Francisco, durante la homilía de la misa celebrada en Santa Marta el jueves 15 de marzo, inspirándose en la primera lectura del día (*Éxodo 32, 7-14*).

El Pontífice recorrió el pasaje bíblico en el que se presenta «un diálogo entre Dios y Moisés» que discuten sobre «un

problema que Moisés debía resolver»: el hecho de que el pueblo de Israel se hubiera construido un becerro de oro para adorarlo. Subrayó el Papa: «El Señor estaba un poco impaciente: se irritó con su pueblo y finalmente dijo: “Pero estate tranquilo, esto lo resuelvo yo, porque tu pueblo se ha pervertido. Y este pueblo es un pueblo de dura cerviz”, dice el Señor. “Déjame ahora que se encienda mi ira contra ellos y los devore; de ti, en cambio, haré un gran pueblo”». Nos encontramos, por lo tanto,

frente a una posición dura del Señor que «quiere resolver este problema de apostasía del pueblo». Francisco señaló que, antes que nada, a Moisés le impresionan las «dos propuestas» de Dios: «Destruiré al pueblo, pero estate tranquilo. De ti, en cambio, haré de ti un gran pueblo». Puede, de hecho, suceder que «un dirigente, a una persona que tiene responsabilidad en una empresa, en un gobierno», frente a una situación negativa se plantee un castigo para

muchos y que este dirigente imaginario acepte a cambio de algo para él mismo («Pero está bien: ¿Cuánto es para mí?»). Es, explicó el Papa, la «lógica del soborno», dejar hacer algo para obtener ganancias. En el diálogo con Moisés, el Señor le propone una alternativa: «Dejamos hacer esto y te pago a ti con esto: ite haré jefe de un gran pueblo!». Utilizando una hipérbole, Francisco dijo: «... ¡Casi un soborno!», para subrayar la toma de posición drástica para Moisés, que tiene una reacción

iluminadora. Este último, evidenció el Pontífice, «amaba al Señor: dice la Biblia que hablaba cara a cara, como un hombre con su amigo». Y subrayó cuánto es «hermoso oír esto» porque hace entender que él «tenía libertad frente al Señor». Una libertad que les consiente «reaccionar»: él, de hecho, «suplicó» a Dios, es decir, hizo «una oración de intercesión». Precisamente en este tipo de oración el Papa hizo una pausa, consciente de que la oración por otros no es fácil hacerla. Y explicó que a

quien pide «por favor, reza por mí que tengo esto...», no se puede prometer oración y resolver todo con «un Padre Nuestro o un Ave María» y después olvidarse. «No: si tú dices que vas a rezar por otro, la oración de intercesión te involucra, como Moisés se involucró con su pueblo». Además, Moisés, con coraje — pero, dijo Francisco, «es necesario coraje, ¿eh? la oración de intercesión requiere coraje! Decir a la cara a Dios las cosas...» — refresca la memoria a Dios» y objeta:

«Señor, escucha un poco: se encenderá tu ira contra tu pueblo... Tú, que lo hiciste salir de la tierra de Egipto con gran fuerza y con mano potente»; y le dice: «Pero tú hiciste todo eso, ¿y ahora destruirás todo lo que has hecho? Pero, Señor, ¡no funciona esto!». Piensa, prosiguió el Papa «en el mal papel que Tú harás: porque deberán decir los egipcios: "¿Con malicia les hiciste salir para hacerles perecer entre las montañas y hacerles desaparecer de la tierra?"» y de nuevo: «Pero tú eres el Dios

de la bondad y harás un mal papel delante de los egipcios... Eh no, Señor, ¡esto no vale!». Y trata de convencerlo. Después insiste: «Desiste, Señor, del ardor de tu ira; abandona este propósito de hacer el mal a Tu pueblo».

O sea: «No hagas ese mal papel: recuerda que fuiste Tú quien liberó al pueblo». Y, como si tuviese «miedo de que las argumentaciones no fueran suficientes», añade: «Señor, también recuerda: recuerda a Abraham, a Isaac, a Israel, Tus siervos, a los que juraste por ti

mismo, dijiste “convertiré vuestra posteridad numerosa como las estrellas del cielo y toda esta tierra de la que he hablado la daré a los descendientes y la poseerán por siempre”. ¡Recuerda eso!». Moisés, explicó el Pontífice, «apela a la memoria de Dios» y, es importante señalarlo, se «involucra». Tanto que —se narra en otro pasaje del *Éxodo* (32, 32)— dice: «Con todo, si te dignas perdonar su pecado.... y si no, bórrame del libro que has escrito». Precisamente esta es

la característica de la «oración de intercesión: una oración que argumenta», que tiene el coraje de decir las cosas «a la cara al Señor»; una oración que es «paciente». De hecho, añadió el Papa, «es necesaria paciencia: nosotros no podemos prometer a alguien rezar por él y después terminar la cosa con un Padre Nuestro y un Ave María e irnos. No. Si tú dices que vas a rezar por otro, debes ir por este camino. Y es necesaria paciencia». Se trata de la «misma paciencia de la cananea»: la mujer puede, de

hecho, también «sentirse insultada por Jesús, pero «va adelante, ella quiere llegar a aquello y va adelante». Y es la misma paciencia insistente de la mujer que «iba al juez injusto y un día el juez se cansó y dijo: “Pero a mí no me importa nada de Dios ni de los hombres, pero por quitarme a esta, sí, lo haré” y ganó, ganó la viuda». Es necesaria, concluyó Francisco añadiendo otro ejemplo «la constancia. La paciencia de ir adelante. La paciencia de aquel ciego a la salida de Jericó: gritaba y

gritaba y gritaba y querían silenciarlo... ¡Pero gritaba! Y finalmente, el Señor lo escuchó y le hizo venir».

Por lo tanto, resumiendo, «para la oración de intercesión se necesitan dos cosas: coraje, es decir, parresia, coraje y paciencia. Si yo quiero que el Señor escuche algo que le pido, debo ir, e ir, e ir, llamar a la puerta y llamo al corazón de Dios», y hacerlo «porque mi corazón está involucrado con ello. Pero si mi corazón no se involucra con esa necesidad, con esa persona por la que

debo rezar, no será capaz ni siquiera del coraje ni de la paciencia».

Naturalmente, continuó Francisco, es necesario tener «gran libertad», como la que Moisés se permite. Tanto que uno podría pensar: «Pero Moisés fue maleducado» al rechazar la propuesta de Dios. Pero Moisés, mientras respeta a Dios, no falta «a su amor por el pueblo. Y esto agrada a Dios». Sucede entonces que «cuando Dios ve un alma, una persona que reza y reza y reza por algo, Él se conmueve» y

«concede la gracia». De todo esto surge el consejo para cada cristiano que se encuentra en una situación similar. Estaría bien preguntarse: «Cuando me piden que ayude con la oración para resolver un problema, una situación difícil, un dolor en una familia, ¿me involucro en eso?». Porque si no puedes involucrarte, es mejor decir «la verdad» y confesar: «No puedo rezar: solo diré un Padre Nuestro». Si, en cambio uno se compromete y dice «yo rezaré», sugirió el Pontífice, el «camino de la oración de

intercesión» está bien claro: «involúcrate; lucha; ve adelante; ayuna; piensa en David, cuando el niño se enfermó: ayuno, oración, para obtener la gracia de la sanación del niño. Luchó con Dios, no pudo ganar, pero su corazón estaba tranquilo: se jugó su propia vida por el hijo».

Es necesario, por lo tanto, concluyó el Papa, pedir al Señor «la gracia de rezar frente a Dios con libertad, como hijos; rezar con insistencia, rezar con paciencia. Pero sobre todo, rezar sabiendo que yo

hablo con mi Padre y mi Padre
me escuchará».

20 de marzo de 2018. **Para superar el desierto.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 12, viernes 23 de marzo de 2018.

«Que la palabra de Dios hoy nos enseñe este camino: mirar el crucifijo. Sobre todo en el momento en el cual, como el pueblo de Dios, nos cansamos del viaje de la vida»: lo deseó el Papa comentado la primera

lectura tomada del libro de los Números (21, 4-9) durante la misa celebrada en Santa Marta en la mañana del martes 20 de febrero.

El pasaje, inició Francisco, cuenta un «momento de desolación, también de depresión del pueblo de Dios»: un pueblo que «andaba, andaba en el desierto», estando sometido a la «prueba del hambre».

Entonces el Señor «respondió con el maná», pero los miembros del pueblo «querían carne y Dios respondió

enviando codornices». Y después, prosiguió el Pontífice en la reconstrucción de la escena bíblica, «faltaba el agua y Dios respondió siempre con el agua. Pero ellos se cansaban de caminar, ir, y rezaban al Señor». Por tanto «no eran malos —observó— sino que era el cansancio de un viaje largo, sin ver el final». Y también cuando «había llegado cerca de la tierra que debían tomar, y Moisés envió exploradores para espiar como era» el pueblo que la habitaba, estos «volvieron admirados» describiendo «un

pueblo lleno de riquezas, de fruta, de animales».

Es decir, estaban «entusiasmados» y como prueba «habían llevado también un ramo de uvas grande». Pero ya que los habitantes de la tierra prometida eran «gente fuerte, alta», algunos del pueblo de Moisés «un poco escépticos, que querían equilibrar la cosa», sugirieron estar atentos, porque, decían: «están armados, son más fuertes que nosotros». En resumen, expusieron «todas las razones

del peligro de ir allí».

Y al hacerlo, observó el Papa, «miraban la propia fuerza y se habían olvidado de la fuerza del Señor que les había liberado de la esclavitud de cuatrocientos años».

Es decir, «se olvidan de los favores del Señor. Y empiezan a decir: "Nosotros vamos, nos matarán, nos comerán crudos"; después el lamento y esta frase: "El pueblo no soportó el viaje"».

Actualizando la reflexión, Francisco comparó todo esto con el tiempo de la vida en la

que «uno dice: “Pero, ¡basta!”»: como esa «gente que empieza una vida para seguir al Señor, para estar cerca del Señor». Pero en un momento dado parece dejarse superar por las pruebas y dice: «¡Basta! Yo me detengo, voy para atrás».

Al respecto, el Pontífice hizo notar el rol jugado por las ilusiones —«pensad, en Egipto, cuánta carne, cuántas cebollas, cuántas cosas buenas comían; las cosas sabrosas... ¡no faltaba nada!»— exhortando a mirar «la parcialidad de esta memoria

enferma, de esta nostalgia distorsionada: "Comíais todo eso, pero en la mesa de la esclavitud": eso lo habían olvidado».

Por otro lado, subrayó con énfasis Francisco, «estas son las ilusiones que lleva el diablo: te hace ver lo bonito de una cosa que has dejado, de la cual te has convertido en el momento de la desolación del camino, cuando todavía no has llegado a la promesa del Señor». Y «es un poco así en el camino de la Cuaresma», notó añadiendo: «podemos concebir

la vida como una Cuaresma», ya que «siempre hay pruebas y las consolaciones del Señor, está el maná, está el agua, están los pájaros que nos dan de comer...»; y también, no obstante esto, «esa comida» del pasado «era más buena». Pero, advirtió el Papa, «¡no te olvides de que lo comías en la mesa de la esclavitud!».

Volviendo, por tanto, al pasaje bíblico, el Pontífice recordó que el pueblo protestó contra Dios y contra Moisés: «¿Por qué nos habéis hecho salir de Egipto, para hacernos morir en este

desierto? ¡Porque no hay ni pan ni agua y estamos hartos de esta comida tan ligera!».

Parece casi, comentó con una broma, que quisieran «un chef que les hiciera algo más sabroso». Y esta, advirtió Francisco, «no es una ilusión: esto nos sucede a todos nosotros, cuando queremos seguir al Señor pero nos cansamos».

En todo esto, se preguntó el Papa, «¿dónde está lo peor? Que el pueblo ha hablado mal de Dios» fue la respuesta. Moisés «creían que hablaban

solamente contra él, pero Dios les dice claramente: "No te equivoques: ino es contra ti, es contra mí!"». Y aquí se introduce «la figura de las serpientes», porque «hablar mal de Dios es envenenarse el alma: "este Dios me ha dejado solo"; quizá no lo decimos, pero lo escuchamos: "no me ayuda... muchas pruebas... este camino seco, todo va mal..."». Como consecuencia se suceden «la desilusión del Dios que nos ha prometido tanto» y «la falta de perseverancia en el camino: "Me detengo aquí" —"¿Pero qué

harás aquí?” —“No lo sé, si puedo vuelvo, si no permanezco...”. El corazón deprimido, envenenado». De hecho «las serpientes son» precisamente «el símbolo del envenenamiento, de la falta de constancia al seguir al Señor en el camino».

Es así que «Moisés intercede: “Señor, ¿qué hacemos con esta gente?”» le pregunta, visto que el patriarca «hablaba así con el Señor. Dice la Biblia: “Como un amigo a un amigo, cara a cara”». Al punto que se podría decir: «Negociaba con el Señor.

Era astuto, era bueno. Era santo. Y el Señor le dice: "Haz una serpiente..."».

Dado que «esta serpiente sanaba a todos aquellos que habían sido mordidos, atacados por las serpientes de haber hablado mal de Dios», esto — evidenció el Papa— «era profético: era la figura de Cristo en la cruz». El mismo Jesús lo dice en Evangelio del día (*Juan 8, 21-30*): «Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy». Por tanto el crucifijo levantado «como la serpiente.

Está aquí —sintetizó el Pontífice— la clave de nuestra salvación, la clave de nuestra paciencia en el camino de la vida, la clave para superar nuestros desiertos: mirar el crucifijo. Mirar a Cristo crucificado». Al respecto, el celebrante imaginó un diálogo entre un creyente y su director espiritual: «¿Qué debo hacer, padre?» —«Míralo. Mira las llagas. Entra en las llagas. Por esas llagas nosotros hemos sido sanados. ¿Te sientes envenenado, te sientes triste, sientes que tu vida no va, está

llena de dificultades y también de enfermedad? Mira ahí. En silencio. Mira. Pero mira, en esos momentos mira el crucifijo feo, es decir el real: porque los artistas han hecho crucifijos bonitos, artísticos, también algunos son de oro, de piedras preciosas. No siempre es mundano: eso quiere significar la gloria de la cruz, la gloria de la resurrección. Pero cuando tú te sientes así, mira esto: antes de la gloria».

Y al respecto Francisco confió un recuerdo personal: «De niño —no sé si he contado esto—

una vez, Viernes Santo, se hacía la procesión de las antorchas en la parroquia, y la abuela nos llevaba a todos. Y venía el Cristo yacente, en dimensiones naturales, en mármol». Cuando pasaba la procesión «nosotros estábamos siempre, todos los años, en el banco, porque había dos direcciones de tranvía en esa calle. Y la abuela nos hacía arrodillarnos: “Miradlo bien: ¡pero mañana resucitará!”». De hecho, en ese «tiempo, antes de la reforma litúrgica de Pío XII, la resurrección se hacía el

sábado por la mañana, no el domingo».

Y después, la abuela, el sábado por la mañana, cuando se escuchaban las campanas de la resurrección», invitaba «a lavarse los ojos con agua, para ver la gloria de Cristo. Nos hacía ver los dos».

De aquí la exhortación conclusiva del Papa: «enseñad a vuestros niños a mirar», ambos, tanto el crucifijo, como la gloria de Cristo. Con una aclaración: sobre todo «en los malos momentos, en los momentos difíciles,

envenenados un poco por haber dicho en nuestro corazón alguna desilusión contra Dios» es necesario mirar especialmente «las llagas. Cristo levantado como la serpiente: porque Él se ha hecho serpiente, se ha aniquilado todo para vencer a “la” serpiente maligna».

22 de marzo de 2018. **Dios ama a cada uno como un padre y como una madre.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 14, viernes 6 de abril de 2018.

Dios ama a cada uno de nosotros «como un padre y como una madre»: para recordarlo el Papa Francisco sugirió la imagen de esa flor delicada llamada precisamente «no me olvides» que en

Argentina se regala a las madres en el día de su fiesta: «de color azul claro si la madre está viva y de color violeta si la madre ha fallecido». Porque precisamente «como una madre» Dios «fiel en la esperanza» no se olvida nunca de un hijo suyo, afirmó el Pontífice en la misa celebrada el jueves por la mañana, 22 de marzo, en Santa Marta.

«A las puertas de Semana Santa —hizo notar en seguida el Papa— la Iglesia nos hace reflexionar sobre el Señor que no olvida, sobre nuestro Dios

fiel». Y, de hecho, «hemos repetido en el salmo (104): “El Señor se acuerda de su alianza eternamente”». El Señor, reiteró el Pontífice, «nunca olvida, nunca, porque Él es fiel, no puede no ser fiel: Él es la fidelidad».

«En la primera lectura — explicó Francisco haciendo referencia al libro del Génesis (17, 3-9)— está la narración del cambio de nombre de Abraham, cuando el Señor le dice: “Por mi parte he aquí mi alianza contigo”». Por tanto, Dios no hará una alianza «con

esos, no: contigo». Así es, entonces, que «el Señor hace una alianza con Abraham, una alianza que se prolongará, se alargará; en la historia se convertirá en un pueblo: un pueblo que ha hecho muchas». Por otro lado «los pecados del pueblo los conocemos» afirmó el Papa: «Muchas veces, en el desierto, después de la liberación de Egipto, la idolatría, las cosas que ha hecho el pueblo». No obstante, «el Señor es fiel». Y «esta es la imagen que la Iglesia quiere para nosotros al principio de la

Semana Santa: nosotros iremos en camino con el Señor fiel, que nos ha elegido, que me ha elegido y no se olvida de mí, porque Él tiene ese amor visceral, que hace no olvidarse». Precisamente «esta es la fidelidad de Dios».

«En mi tierra —confió Francisco— hay una pequeña flor que se regala a las madres el día» de la fiesta «de la madres y tiene dos colores: un azul claro para las madres vivas, y uno violeta para las madres fallecidas». Sí, esta flor, «tiene dos colores y se llama no me olvides».

Precisamente «este es el amor de Dios, como el de la madre: Dios no se olvida de nosotros, nunca, no puede, es fiel a su alianza». Ciertamente, añadió, «esto nos da seguridad» tanto que «de nosotros podemos decir "pero, mi vida es muy fea, estoy en esta dificultad, soy un pecador, una pecadora"». Pero «Él no se olvida de ti, porque tiene este amor visceral y es padre y madre: eso es todo». Y es «con este amor que nosotros entramos en la Semana Santa».

«Y después esta fidelidad de Dios nos lleva a la alegría» explicó el Pontífice, proponiendo de nuevo el contenido del pasaje evangélico de Juan (8, 51-59), propuesto hoy por la liturgia: es exactamente «lo que Jesús responde a los judíos: "Abraham vio mi vida, exultó en la esperanza"». Quizá «¿porque yo soy bueno? No, porque Él es fiel». «Exultar en la esperanza» insistió el Papa, porque «cada uno de nosotros sabe que no es fiel, ninguno de nosotros es

fiel, pero Él sí». Esta es «nuestra esperanza y nuestra alegría: su fidelidad que nos toma de la mano y no nos deja, no te deja». Al respecto Francisco sugirió pensar «en el ladrón bueno: el Dios fiel no puede renegarse a sí mismo, no puede renegar de nosotros, no puede renegar de su amor, no puede renegar de su pueblo, no puede renegar porque nos ama». Y «esta es la fidelidad de Dios».

Prosiguiendo en su meditación, el Pontífice explicó también la actitud adecuada para tener

«cuando nosotros nos acercamos al sacramento de la penitencia: por favor, no pensemos que vamos a la tintorería a quitar las suciedades, no». Más bien nosotros «vamos a recibir el abrazo de amor de este Dios fiel, que nos espera siempre. ¡Siempre!». Y «esto nos lleva a la alegría, a exultar en esperanza». Precisamente «con este sentimiento nosotros debemos empezar la Semana Santa: el sentimiento de un Dios que no se olvida de

nosotros, que es fiel en la esperanza».

«Hay una última cosa» afirmó todavía el Papa: «El Evangelio de hoy termina con un versículo interesante, dice que estos doctores de la ley “entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del Templo”». Las piedras, por tanto, «para lapidar a los pecadores». Sin embargo «la fidelidad a Dios nunca lapida un pecador». «Las piedras para oscurecer la verdad de la resurrección, delante del sepulcro, cerrada

ahí; las piedras para matar» reiteró Francisco. «Pero si nosotros no reconocemos la fidelidad de Dios, el mismo Señor nos dice: “Gritarán las piedras, serán más fuertes que nosotros”».

«Yo no quisiera añadir ninguna cosa, es muy claro esto» concluyó el Papa. Y exhortó, «empezamos la semana así: Él es fiel, Él me conoce, Él me ama, nunca me dejará solo, me lleva de la mano; ¿qué puedo querer? ¿Qué más? ¿Qué debo hacer? Exulta en esperanza, exulta en la esperanza, porque

el Señor te ama como padre y como madre».

***Homilías del Papa Francisco, en
la Misa de la mañana en santa
Marta.***

Año 2018.



Textos tomados de: www.vatican.va

*Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com*

ABRIL.

12 de abril de 2018. Tiempo de alegría.

13 de abril de 2018. La verdadera libertad.

16 de abril de 2018. Por fe no por interés.

17 de abril de 2018. La Iglesia necesita profetas.

19 de abril de 2018. La evangelización no se hace en el sofá.

24 de abril de 2018. Como una bicicleta.

12 de abril de 2018. **Tiempo de alegría.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 16, viernes 20 de abril de 2018.

«Hoy los cristianos son perseguidos, degollados, ahorcados en África y en Oriente Medio, todavía más que en los primeros siglos», porque su «testimonio molesta» a un mundo que «resuelve todo con el dinero»: por otro lado «el

soborno» llegó hace dos mil años incluso «al sepulcro» para corromper a las guardias y negar así la resurrección. Es un aliento a no tener miedo a «confesar a Jesús» el que el Papa Francisco relanzó en la misa celebrada el jueves 12 de abril en Santa Marta.

Sugiriendo vivir la misma valiente experiencia que los apóstoles y esto es «una vida de obediencia, testimonio y concreción», sin buscar «compromisos mundanos» con una «fe al agua de rosas». «Este tiempo pascual —afirmó

el Papa— es tiempo de alegría, la Iglesia quiere que sea así: tiempo de alegría, la alegría delante de la victoria del Cristo resucitado». Y para los mismos apóstoles «fue un tiempo de alegría» aunque «no era igual la alegría que ellos vivieron los primeros cincuenta días que esa que vivieron después de la venida del Espíritu Santo». De hecho, explicó Francisco, «la alegría de los primeros cincuenta días era una alegría verdadera pero “dudosa”, no entendían bien: sí, habían visto al Señor, estaban contentos,

pero después no lograban entender». Y se preguntaban: «¿Cómo terminará esta historia?». Tanto que, después, precisamente «en el momento de la ascensión preguntan al Señor: ¿ahora cómo irá, ahora se hará la revolución?». En resumen, los apóstoles «entendían por qué veían al Señor, pero no entendían todo: fue así el Espíritu Santo quien hizo entender todo y dio esa valentía, esa forma de actuar totalmente diferente». Así, confirmó el Papa, «podemos decir que esa de los primeros

cincuenta días era una alegría temerosa; sin embargo después de la venida del Espíritu Santo está la alegría valiente que es segura: segura por la gracia del Espíritu».

Precisamente «en el marco de esta alegría valiente —afirmó el Pontífice haciendo referencia a lo narrado en los Hechos de los apóstoles— sucede lo que hemos escuchado en la primera lectura: Pedro y Juan van al templo. Delante de la puerta llamada «Hermosa» había siempre un paralítico que pedía limosna y Pedro y Juan curan al

paralítico», que «feliz, salta, baila, va, da testimonio». Pero, prosiguió Francisco, «los sacerdotes se inquietan, llaman a los apóstoles y les prohíben predicar a Jesús. Después les meten en la cárcel. El ángel de Dios les hace salir de la cárcel» y estos enseguida «vuelven a enseñar al templo».

Retomando directamente el pasaje de los Hechos propuesto por la liturgia (5, 27-33), el Papa además recordó que «el jefe de la guardia y los alguaciles van donde los apóstoles estaban predicando y

les llevaron al sanedrín». Por tanto «el sumo sacerdote les dijo: “os prohibimos severamente enseñar en ese nombre”». Ahí está: «la prohibición: esto está prohibido, el nombre de Jesús está prohibido, predicar el nombre de Jesús está prohibido». Pero frente al sumo sacerdote, «Pedro, que temeroso había negado al Señor», tiene la valentía de responder simplemente: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a

Jesús a quien vosotros disteis muerte colgándole de un madero. A éste le ha exaltado Dios con su diestra como Jefe y Salvador, para conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados. Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo que ha dado Dios a los que le obedecen».

La primera que destaca es «la palabra "obediencia"», hizo notar el Pontífice recordando que «también en el Evangelio de hoy —*Juan 3, 31-36*— Jesús habla de la obediencia». Por

tanto, afirmó el Papa, «la vida de estos cristianos, de estos apóstoles que han recibido el Espíritu Santo, es una vida de obediencia, una vida de testimonio y una vida de concreción». Una «vida de obediencia», prosiguió Francisco, «para que sigan el camino de Jesús que obedeció al Padre hasta el último momento: “Padre, si es posible —pensemos en el huerto de los Olivos— pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Esta es la «obediencia hasta el final» y nos hace recordar

cuánto el Señor rechaza a Saúl: “No quiero sacrificios ni holocaustos, sino obediencia”». «Obediencia —insistió Francisco — es lo que hizo el Hijo, el camino que él nos ha abierto; obediencia es apego a Dios y hacer su voluntad y decir: “Yo soy tu hijo, yo estoy contigo que eres mi padre y haré de todo para seguir lo que tú quieres”».

«Es verdad, nosotros somos débiles y caemos en los pecados, en nuestras debilidades» reconoció el Pontífice. Pero «la buena

voluntad nos hace levantarnos, la gracia de Dios» y así «vas adelante, vas adelante: "Yo quiero obedecer"». Por eso la «primera característica del comportamiento, de la forma de actuar de estos apóstoles es la obediencia». Conscientes de que, como declara Pedro, «es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres». Es necesario, por tanto, «una actitud "de obediencia": el cristiano es un siervo, como Jesús, que obedece a Dios». Y también es «verdad que es una forma un poco diferente de

resolver los problemas, esto de la obediencia: delante del hecho de la resurrección los apóstoles han resuelto, con la gracia del Espíritu Santo, con la obediencia».

Sin embargo, se preguntó el Papa, «¿cómo han regulado el todo los sacerdotes que querían mandar?» Lo han hecho «con una propina: también el soborno llegó al sepulcro».

Porque «cuando los soldados asustados fueron donde ellos a decir la verdad, les interrogaron» para después decir: «"estad tranquilos"».

Metieron las manos en el bolsillo y les dijeron: "tomado, decid que vosotros estabais dormidos"». Y precisamente con este sistema «resuelve el mundo».

Y entonces es necesaria la «obediencia a Dios, no al mundo, porque el mundo resuelve las cosas con cosas mundanas; y la primera cosa mundana, que es precisamente del "señor", del diablo, es el dinero». Jesús «mismo le da la categoría de "señor" cuando dice: "no podemos servir a dos señores, Dios y el diablo».

La «segunda característica» de los primeros cristianos es el «testimonio: yo doy testimonio de Jesús». Y los apóstoles realmente «dan testimonio porque no tienen miedo de predicar a Jesús en el templo, pero también después, cuando salieron de la cárcel: son valientes, pero con la valentía del Espíritu». Por otro lado, «el verdadero testimonio cristiano es una gracia del Espíritu y esto molesta. El testimonio cristiano molesta, es más cómodo decir: "Sí, Jesús ha resucitado, ha subido al cielo,

nos ha enviado el Espíritu, creo en todo esto”, pero buscamos un camino de compromiso entre el mundo y nosotros».

Sin embargo «el testimonio cristiano no conoce los caminos de compromiso» recordó

Francisco. Más bien «conoce la paciencia de acompañar a las personas que no comparten nuestra forma de pensar, nuestra fe, de tolerar, de acompañar, pero nunca de vender la verdad».

Con la fuerza de la «obediencia» he ahí el «testimonio, que molesta

tanto»: basta pensar en «todas las persecuciones que hoy, desde ese momento hasta hoy: pensad —invitó el Pontífice— en los cristianos perseguidos en África, en Oriente Medio, hay más hoy que en los primeros tiempos, en cárceles, degollados, ahorcados por confesar a Jesús». Es el «testimonio hasta el final». Finalmente, la tercera característica de los discípulos son las «concreciones». Los apóstoles «molestaban con el testimonio porque tenía la valentía de hablar de las cosas

concretas, no decían fábulas». Tenían la «concreción» que les llevaba a decir: «nosotros no podemos negar lo que nosotros hemos visto y tocado». Esto es «lo concreto —aclaró el Papa— y cada uno de nosotros, hermanos y hermanas, ha visto a Jesús y ha tocado a Jesús en la propia vida».

Sucede que muchas veces los pecados, los compromisos, el miedo nos hacen olvidar este primer encuentro que nos ha cambiado la vida» explicó Francisco. Quizá permanece «un recuerdo aguado» que

«nos hace convertirnos en cristianos pero "al agua de rosas", aguados, superficiales». Por esta razón, añadió, debemos «pedir siempre al Espíritu Santo la gracia de la concreción: Jesús ha pasado en mi vida, por mi corazón, el Espíritu ha entrado en mí, después quizá he olvidado; pero» esta es la importancia de tener «la gracia de la memoria del primer encuentro». Y «por esto el testimonio de esta gente era concreto: "No podemos negar lo que nosotros hemos visto y tocado"».

«El tiempo pascual es un tiempo para pedir alegría» concluyó el Pontífice, sugiriendo pedirla «los unos por los otros: pero esa alegría que viene del Espíritu Santo, que da el Espíritu Santo; la alegría de la obediencia pascual, la alegría del testimonio pascual y la alegría de la concreción pascual».

13 de abril de 2018. **La verdadera libertad.**

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 16, viernes 20 de abril de 2018.

En un mundo «demencial», cada vez «más esclavo» de modas, ambiciones y dinero, he aquí la verdadera libertad propuesta por Jesús mismo y realizada, también en las pruebas, por los apóstoles y por tantos cristianos que hoy son

víctimas de las persecuciones, permaneciendo de todas formas siempre libres. Es un verdadero y auténtico himno a la libertad el lanzado por el Papa Francisco en la misa celebrada el viernes, 13 de abril, por la mañana en Santa Marta. «Una de las palabras que se repite mucho en este tiempo pascual es “libertad”, ser libres» hizo notar inmediatamente el Papa al inicio de la homilía. Y «Jesús, con su obra redentora, nos volvió a regalar la libertad, la libertad de los hijos».

«En el habla cotidiana — reconoció Francisco— muchas veces pensamos que ser libre significa hacer aquello que yo quiero y muchas veces»; pero significa también «convertirse en esclavo, porque si lo que yo quiero es una cosa que me tiene oprimido desde el corazón, yo soy un esclavo de ello, no libre».

«La liturgia de hoy nos hace reflexionar sobre tres personas, libres las tres» explicó el Pontífice refiriéndose a los pasajes de los Hechos de los apóstoles (5, 34-42) y al

Evangelio de san Juan (6, 1-14) proclamados durante las lecturas. Y «nos hará bien reflexionar sobre cada uno de ellos». Comenzando por Gamaliel, que se presenta «en este pasaje, que es el final de una larga historia de la sanación del paralítico, que hemos leído estos días, donde los doctores de la ley, los sacerdotes, tenían la "patata caliente" en la mano y no sabían cómo resolver este problema». Pero ya «habían resuelto bien, según ellos, otro»: el «de los soldados

frente al sepulcro: habían pagado con dinero». Pero, afirmó el Papa, «en este caso no se podía usar el mismo sistema» y «ni siquiera resolver metiendo» a los apóstoles «en la cárcel porque vieron que el ángel de Dios los liberó». Su problema era, por lo tanto, qué hacer con los discípulos.

«Gamaliel, hombre libre, piensa con la mente fría, les hace razonar y» mirando también a la «historia reciente», sugiere: «Tened paciencia, no os apresuréis, dad

un poco de tiempo a la situación, pensad en lo que sucedió con Teudas, con Judá el Galileo, que parecían ser los salvadores y terminaron todos mal». En resumen, el consejo de Gamaliel es que «el tiempo» haga «su trabajo: tomad tiempo».

«El hombre libre no tiene miedo del tiempo: deja hacer a Dios» explicó Francisco. Y, de hecho, «da espacio para que Dios actúe en el tiempo: el hombre libre es paciente».

Gamaliel «era un judío —no era un cristiano, no había

reconocido a Jesús salvador— sino que era un hombre libre: hace su pensamiento, lo ofrece a los demás y es aceptado». Por el resto, «la libertad no es impaciente», reconoció el Papa. Es más, «la verdadera libertad tiene la paciencia de saber esperar, de dejar hacer a Dios». Es cierto, continuó el Pontífice, «también Pilatos piensa con la mente fría», tanto que se «da cuenta de que Jesús era inocente». Sobre todo «también su mujer» se había añadido «con esa historia de la pesadilla para darles un poco

de miedo». Pero Pilatos «no consiguió resolver el problema porque no era libre, estaba apegado a la promoción». Su pensamiento fijo era más o menos este: «Si me va bien aquí en Judea, después llegará una promoción hacia otro puesto más grande». En definitiva, Pilatos no es un hombre «libre: pensaba bien, pero le faltaba el valor de la libertad porque era esclavo del arribismo, de la ambición, del éxito». En cambio, «Gamaliel es un ejemplo de un hombre libre que hoy la Iglesia nos

ofrece», lanzó Francisco. Indicando después cómo «otro ejemplo Pedro y Juan que habían sanado al paralítico y ahora estaban frente al sanedrín». Finalmente «el sanedrín les puso en libertad pero “les hizo flagelar” —eran inocentes— “y les ordenaron no hablar en nombre de Jesús». Por lo tanto, Pedro y Juan, aunque «fueron flagelados injustamente, después “se fueron del sanedrín orgullosos de haber sido juzgados dignos de sufrir ultrajes en el nombre de Jesús”».

He aquí «la alegría de imitar a Jesús: es otra libertad, más grande, más amplia, más cristiana». Y Pedro habría podido también ir «donde el juez y llevar a juicio al sanedrín —diciendo “he sido flagelado injustamente”— y pedir una indemnización». En cambio, «Pedro estaba alegre, Juan estaba alegre, porque habían sufrido en nombre de Jesús». Y «tal vez —añadió Francisco— en su mente les venían aquellas palabras de Jesús: “Dichosos, vosotros, cuando seáis insultados,

perseguidos por mi causa.

Dichosos vosotros"».

Precisamente «esta es la alegría que ellos sentían: eran libres —digámoslo así— en el sufrimiento para seguir a

Jesús». Y «aquel

comportamiento cristiano» que nos lleva a reconocer: «Señor, tú me diste tanto, sufriste tanto por mí. ¿Qué puedo hacer por ti? Toma, Señor, mi vida, mi mente, mi corazón, todo es tuyo».

El Papa quiso, de nuevo, reproponer el comportamiento de los discípulos, así como está

descrito en los Hechos: «Ellos entonces se fueron del sanedrín, orgullosos de haber sido juzgados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús». Un comportamiento que revela, explicó, «otra libertad». Si, de hecho, «la primera era la libertad de un hombre justo» que «razonaba bien y buscaba el bien, esta es la libertad de un enamorado de Jesucristo, sellado por el Espíritu Santo, con la fe en Jesucristo: tú hiciste esto por mí, yo hago esto por ti». Y no hay que olvidar, recordó

Francisco, que «también hoy hay muchos cristianos en la cárcel, torturados, que llevan adelante esta libertad de confesar a Jesucristo». Por lo tanto, insistió, «he aquí el segundo ejemplo de hombres libres: el primero es Gamaliel, el segundo, los apóstoles, pero con motivos diferentes».

«El tercer ejemplo es Jesús mismo —reafirmó el Pontífice— que hace ese milagro de la multiplicación de los panes, que no estuvo hecho con la varita mágica: fue precisamente hecho por el poder de Dios que

Jesús tenía en él, porque él era Dios». Y «la gente se dio cuenta» afirmó el Papa, repitiendo las palabras del Evangelio: «la gente, dado el signo que había cumplido, decía: "Este es verdaderamente el profeta —es ese, finalmente ha vuelto, ha venido— aquel que viene al mundo"».

Frente a la gente «entusiasta», Jesús, «sabiendo que iban a tomarlo para hacerlo rey — porque, cuando el pueblo se mueve así, hace la revolución y lo hacen rey— se retiró de nuevo al monte, él solo». En

resumen, «se cansó del triunfalismo, no se dejó engañar por este triunfalismo: era libre».

Francisco sugirió pensar en la «primera vez que Jesús sintió esta libertad y la enseñó, en el desierto, cuando fue tentado por Satanás» que le ofreció riquezas» diciéndole «tú puedes convertir las piedras en pan y también las piedras en oro, en plata». Y la respuesta de Jesús es «no». Pero he aquí que inmediatamente Satanás relanza, diciendo de nuevo «tú puedes hacer un milagro tal,

echarles del templo y la gente creerá». Pero la respuesta de Jesús es siempre «no, porque era libre». Y «la libertad que tenía era seguir la voluntad del Padre». Así, cuando, de nuevo Satanás propone «un intercambio: hazme un acto de adoración y yo te daré todo», Jesús de nuevo dice «no, el Padre quiere otra vía de salvación». Y terminará en la cruz: Jesús es el ejemplo de libertad más grande». «Pensemos en este día en mi libertad, nuestra libertad» invitó el Pontífice, volviendo a

proponer los tres ejemplos: «Gamaliel, Pedro y Juan y Jesús mismo». Y sugiriendo algunas preguntas directas: «¿Mi libertad es cristiana? ¿Soy libre o soy esclavo de mis pasiones, de mis ambiciones, de tantas cosas, de las riquezas, de la moda?». Es cierto, hizo presente el Papa, «parece una broma, pero ¡cuánta gente es esclava de la moda!».

Por lo tanto, continuó Francisco en la propuesta de las preguntas para un examen de conciencia, «¿soy libre y sé

pensar con la mente fría, como Gamaliel y dar espacio a Dios en la vida? ¿Soy libre? Y, cuando viene algún sufrimiento, hablo con Jesús y digo "tú has sufrido mucho por mí, para darme de nuevo la dignidad del hijo, ¿yo ofrezco esto? ¿Soy libre como Jesús, que siguió la voluntad del Padre para resanar nuestra filiación?».

«Pensemos en nuestra libertad —concluyó el Pontífice— en este mundo que es un poco "demente", "demencial"» hasta tal punto que «grita "¡libertad,

libertad, libertad! Pero es más esclavo, esclavo, esclavo: pensemos en esta libertad que Dios, en Jesús, nos da».

16 de abril de 2018. **Por fe no por interés.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 17, viernes 27 de abril de 2018.

«¿Cómo sigo a Jesús?». Es la simple pregunta que cada cristiano debería plantearse para comprender si su fe es auténtica y sincera, o de alguna manera «interesada». El riesgo, de hecho, es el de aguar la propia adhesión a

Cristo con los cálculos de la conveniencia. Lo subrayó el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada por la mañana el lunes 16 de abril en Santa Marta. Comentando la liturgia de la palabra, el Pontífice señaló los dos posibles caminos que se ponen frente a cada bautizado: la del protomártir Esteban, que «lleno de gracia y de Espíritu Santo» actuaba «sin sopesar las consecuencias» de sus elecciones y la de la multitud que se dejaba conquistar por los milagros.

Hay, por tanto, explicó Francisco, «distintas maneras de seguir a Jesús». La gente descrita por el Evangelio de Juan (6, 22-29), que acababa de asistir al milagro de la multiplicación de los panes, seguía, de hecho, a Jesús no solo «porque tenía hambre de la Palabra de Dios y escuchaba que Jesús llegaba al corazón, calentaba su corazón», sino también «porque Jesús hacía milagros: también, lo seguían para ser sanados, para tener alguna visión nueva de la vida». Tanto que, recordó el

Papa, en otro pasaje del mismo evangelista (4, 48) Jesús reprocha: «Si no veis señales y prodigios, no creéis». Como subrayando que «lo importante no son los milagros; lo importante es la Palabra de Dios, es la fe». De hecho «a ese papá que pidió la sanación del hijo», dijo: «Todo es posible para quien cree».

Por tanto, la gente que «seguía a Jesús para escucharlo», después de la multiplicación de los panes, quería incluso «hacerlo rey». Por eso, él se fue «solo, a rezar».

Resumiendo el pasaje evangélico, el Papa describió lo que sucede con la gente que busca al Señor y lo encuentra, el día después, en la otra orilla del lago. ¿Por qué esta búsqueda insistente? También para escuchar a Jesús, pero sobre todo «por interés». De hecho, llega enseguida el reproche del Señor: «En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque habéis comido de ese pan y os habéis saciado». Francisco entró en la psicología de la

multitud: «buena gente», que quiere «escuchar la palabra de Jesús, y escuchar cómo esa palabra llega al corazón», pero también empujada por el interés. La suya es por tanto una fe que combina «las dos cosas: una fe, unas ganas de amar a Jesús, pero un poco interesada».

Aquellos no son los únicos en el Evangelio que tienen tal actitud. El Pontífice recordó, por ejemplo, el episodio del endemoniado de Gerasa narrado por Lucas (8, 26-39), en el cual los porqueros,

cuando vieron que por ese milagro «habían perdido los puercos», hicieron «el cálculo y dijeron: “sí, sí: este hace milagros, pero a nosotros no nos conviene; perdemos dinero con esto”, y le dijeron cortésmente: “Vete a tu casa”». O se puede pensar en los diez leprosos de los que habla también Lucas (17, 11-19), los cuales «fueron sanados y se fueron, pero solamente uno volvió a dar gracias: los otros habían sido sanados y así se olvidaron de Jesús». Frente a una fe condicionada

por el interés, Jesús reprocha y «dice: "Trabajad, no por la comida que no dura, sino por la comida que permanece para la vida eterna, y que el Hijo del hombre os dará". La comida es la Palabra de Dios y el amor de Dios».

Por otro lado, profundizó el Papa, la primera lectura lleva el ejemplo de Esteban, que también «seguía a Jesús, pero de una forma decidida, clara. Había implicado la propia vida en el camino de Jesús; estaba lleno de gracia y de Espíritu Santo y hacía grandes prodigios

y signos entre el pueblo». Él «en el momento de defender a Jesús, hablaba claro» y se lee en los Hechos de los apóstoles (6, 8-15), «no conseguían resistir a la sabiduría y al espíritu con el que hablaba». Esteban, explicó el Pontífice, «seguía a Jesús sin sopesar las consecuencias: esto me conviene, no me conviene... no era un interesado. Amaba. Y seguía a Jesús, seguro». Hasta la muerte: «Le tendieron la trampa de las calumnias, le hicieron entrar ahí y así terminó lapidado. Pero dando

testimonio de Jesús». Esteban y la multitud, «dos modos de seguir a Jesús. Ambos siguen a Jesús; algunos no del todo, un poco sí, un poco no, con un poco de interés personal; otros, como Esteban, dan la vida por seguir a Jesús». Frente a tales ejemplos, esta es la invitación de Francisco: «Cada uno de nosotros puede preguntarse: ¿pero cómo sigo yo a Jesús? ¿Y cómo sé, cómo puedo saber si sigo bien a Jesús o si soy interesado?». De aquí un consejo: «el consejo de la memoria». El Pontífice, de

hecho, sugirió que el justo discernimiento puede llegar del «refrescar la memoria». Es decir, «nosotros podemos preguntarnos: ¿qué ha hecho Jesús por mí?», pensando sobre todo y concretamente en nuestra vida. Entonces «encontraremos muchas cosas grandes que Jesús nos ha dado gratuitamente, porque nos ama: a cada uno de nosotros». De aquí el paso sucesivo: «Una vez que yo veo las cosas que Jesús ha hecho por mí, me hago la segunda pregunta: y yo, ¿qué debo hacer por Jesús?»

Y así, con estas dos preguntas, quizá conseguimos purificarnos de todo tipo de fe interesada». De hecho, añadió el Papa, «cuando veo todo lo que Jesús me ha dado, la generosidad del corazón va a: "¡Sí Señor, doy todo! Y no cometeré más estos errores, estos pecados"». Se podrá tomar «el camino de la conversión por amor: tú me has dado mucho amor, también yo te doy este amor».

Gracias a estas dos preguntas, concluyó el Pontífice, cada uno podrá hacer «un buen test de cómo nosotros seguimos a

Jesús: ¿interesados o no?». Y así «seremos capaces de purificar nuestra fe de todo interés».

17 de abril de 2018. **La Iglesia necesita profetas.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 17, viernes 27 de abril de 2018.

«La Iglesia necesita que todos seamos profetas», es decir, «hombres de esperanza», siempre «directos» y nunca «débiles», capaces de decir al pueblo «palabras fuertes cuando hay que decirlas» y de llorar juntos si es necesario. He

aquí el perfil de profeta delineado por el Papa Francisco en la misa celebrada el martes 17 de abril en Santa Marta. En la homilía, el Pontífice propuso un verdadero y propio «test» para reconocer al profeta auténtico. Que, explicó, no es un anunciador «de desventuras» o «un juez crítico» y ni siquiera «recriminador de oficio». Sobre todo es un cristiano que «recrimina cuando es necesario», siempre «abriendo las puertas» y arriesgando en persona también «la piel» por

«la verdad» y para «resanar las raíces y la pertenencia al pueblo de Dios».

«En la primera lectura está el relato del martirio de san Esteban», señaló

inmediatamente el Papa, refiriéndose al pasaje de los Hechos de los apóstoles (7, 51 — 8, 1). «Es el final de una larga historia que toma dos capítulos del libro» y «termina así». Una historia, puntualizó Francisco, que «comienza cuando algunos de la sinagoga de los libertos, viendo las cosas, los prodigios y la

sabiduría con la que hablaba Esteban, fueron donde él para discutir; y él discutía con ellos». Pero «ellos no podían hacer frente a la sabiduría y al espíritu con el que hablaba y en vez de reconocer las argumentaciones, prepararon algunas calumnias y llevaron a Esteban a juicio».

«Allí en el tribunal —continuó el Pontífice— en cuanto entró, la gente que estaba allí vio su rostro como el de un ángel: transparente, fuerte, luminoso». Y así «Esteban comenzó a hablarles, pero

desde el principio y contó toda la historia del pueblo judío: Esteban no quería discutir sobre el hoy solamente; quería resanar las raíces de aquella gente que estaba cerrada, que había olvidado la historia». Por esa razón «da esta larga explicación en el capítulo séptimo de toda la historia de Israel, pero al final se da cuenta de que aquella gente era cerrada, no quería escuchar». De hecho, insistió el Papa, «estaba cerrada en sus pensamientos y Esteban les recriminaba a ellos como

también Jesús había recriminado al pueblo y casi con las mismas palabras: obstinados e incircuncisos en el corazón —es decir, paganos porque habéis olvidado las raíces— y en los oídos, vosotros oponéis resistencia al Espíritu Santo». Como diciendo: «Vosotros no sois coherentes con la vida que viene de vuestras raíces».

Esteban «cuenta que también los profetas fueron perseguidos por “vuestrós padres”, es decir, por aquellos que como vosotros tenían las raíces secas». El

pasaje de los Hechos hace notar que «al escuchar estas cosas estaban furiosos en sus corazones: se enfadaron al máximo y rechinaban los dientes contra Esteban».

Y este comportamiento, afirmó Francisco, «hace ver la pasión desencadenada: cuando el profeta llega a la verdad y toca el corazón o el corazón se abre o el corazón se hace más de piedra y se desencadena la rabia, la persecución, como se desencadenó después de la muerte de Esteban hacia toda la comunidad de Jerusalén».

Los Hechos cuentan también la reacción de Esteban: «Lleno de Espíritu Santo, fijando el cielo, vio la gloria de Dios y Jesús que estaba a la derecha de Dios y dijo: "Contemplo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está a la derecha de Dios"». Así, explicó el Papa, «ese rostro de ángel que tenía al inicio se transforma en contemplación y vio a Dios». Pero los Hechos testimonian que, escuchadas las palabras de Esteban, sus interlocutores «gritando a gran voz se taparon los oídos». Y «era un

gesto para decir: "esto no quiero escucharlo". Un gesto muy significativo» para afirmar: «no quiero escuchar estas palabras que parecen una blasfemia, porque mi corazón no quiere escuchar, está cerrado a la escucha de la palabra». Y no termina aquí, refieren todavía los Hechos, porque «se arrojaron todos juntos contra él, lo arrastraron fuera de la ciudad y se pusieron a lapidarlo: así termina la vida de un profeta».

Por el resto, continuó el Pontífice, «los profetas siempre

tuvieron estos problemas de persecuciones por decir la verdad y la verdad es incómoda, muchas veces no gusta». Siempre «los profetas comenzaron a decir la verdad con dulzura, para convencer, como Esteban, pero al final no siendo escuchados, hablaron duro». Y «también Jesús dijo casi las mismas palabras que Esteban: “hipócritas”». «¿Cuál es, para mí el test de que un profeta cuando habla alto dice la verdad?» fue entonces la pregunta hecha por el Papa. «Es cuando —

respondió— este profeta es capaz no solo de decir, sino de llorar sobre el pueblo que ha abandonado la verdad». Y, de hecho, «Jesús por una parte recrimina con aquellas palabras duras —“generación perversa y adúltera” dice, por ejemplo— y por otra parte llora sobre Jerusalén». Precisamente «este es el test: un verdadero profeta es aquello que es capaz de llorar por su pueblo y también de decir las cosas fuertes cuando debe decirlas. No es tibio, siempre es así, directo». Por eso, continuó Francisco, «el

verdadero profeta no es un "profeta de desventuras" como decía san Juan xxiii», sino «un profeta de esperanza: abrir puertas, resanar las raíces, resanar la pertenencia al pueblo de Dios para ir adelante». Por lo tanto «no es por oficio un recriminador», sino que «es un hombre de esperanza: recrimina cuando es necesario y abre las puertas mirando el horizonte de la esperanza». Sobre todo «el verdadero profeta, si hace bien su menester, se juega la piel y lo vemos aquí, Esteban».

Los Hechos de los apóstoles narran que «al final los testigos depositaron sus capas a los pies de un joven llamado Saúl y este Saúl aprobó el asesinato de Esteban». En realidad «Saúl había olvidado el significado de la propia raíz, conocía la ley bien, pero aquí —dijo el Papa tocándose el pecho para indicar el corazón— la había olvidado aquí». Y he aquí que «después el Señor toca el corazón» de Saúl «y nosotros sabemos lo que sucedió después». Una historia, insistió el Pontífice, que «nos hace

recordar una bella frase dicha por uno de los primeros padres de la Iglesia: "La sangre de los mártires es semilla de los cristianos"». Y «aquí, con este final, murió Esteban, lapidado por ser coherente con la verdad y la pertenencia a su pueblo. Y parece dar la antorcha» a Saúl, en aquel momento «todavía enemigo, que estaba allí, pero al que el Señor hablará y hará ver la verdad». Y «esta es la semilla: la semilla de Esteban, la semilla de un mártir, la semilla de los nuevos cristianos».

«La Iglesia necesita profetas» afirmó Francisco, añadiendo: «Diré más, necesita que todos nosotros seamos profetas: no críticos, eso es otra cosa», porque no es ciertamente un profeta que se enfrenta siempre a «un juez crítico, al que no le gusta nada: “No, eso no va bien, no va bien, no va bien, no va; esto debe ser así...”». En cambio, «el profeta es quien reza, mira a Dios, mira a su pueblo, siente dolor cuando el pueblo se equivoca, llora —es capaz de llorar por el pueblo— pero es capaz también

de jugársela bien por decir la verdad».

«Pidamos al Señor —concluyó el Papa— que no le falte a la Iglesia este servicio de la profecía y que nos envíe profetas como Esteban que ayuden a revitalizar nuestras raíces, nuestra pertenencia, para ir siempre adelante».

19 de abril de 2018. **La evangelización no se hace en el sofá.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 18, viernes 4 de mayo de 2018.

«La evangelización no se hace en el sofá» basándose en «teorías», sino dejando hacer al Espíritu Santo. El estilo adecuado es ir hacia las personas y estar muy cerca de ellas, partiendo siempre de las

«situaciones concretas»: casi «un cuerpo a cuerpo» que se hace con la vida y la palabra. Es un «tratado» simple y directo sobre la evangelización el que propuso el Papa Francisco en la misa celebrada el jueves 19 de abril en Santa Marta. «Después del martirio de Esteban —hizo presente Francisco refiriéndose expresamente a las narraciones de los Hechos de los apóstoles propuestos en estos días por la liturgia— estalló una gran persecución en Jerusalén: los cristianos eran perseguidos y

también Pablo iba con ellos, y les tomaba de casa, de una parte a la otra». Así, afirmó el Papa, «los discípulos se dispersaron un poco por todos lados, por todas las regiones de Judea y Samaria».

Precisamente «ese viento de la persecución» hizo que «los discípulos fueran más allá», confirmó el Pontífice relanzando esta imagen eficaz: «Como hace el viento con las semillas de las plantas, las lleva más allá y siembra, así sucedió aquí: ellos fueron más allá, con la semilla de la

palabra, y sembraron la palabra de Dios». Así, añadió, «podemos decir, un poco bromeando, nació la Propaganda fide».

Es «de una persecución, de un viento» que «los discípulos llevaron la evangelización». Lo confirma, por otro lado, el «pasaje que hoy hemos leído», tomado de los Hechos (8, 26-40). Un pasaje que «es de una gran belleza», observó el Papa definiéndolo «un verdadero pasaje de evangelización: así evangeliza el Señor, así

anuncia el Señor, así quiere el Señor que evangelicemos».

Francisco indicó «tres palabras clave» para comprender hasta el fondo el sentido y la forma de evangelización. Sobre todo, reveló, «es el Espíritu que empuja» y «dice a Felipe "levántate", primera palabra; "acércate", segunda palabra; y tercera palabra, "parte de la situación"».

Exactamente «con estas tres palabras se estructura toda la evangelización», afirmó el Pontífice. Es el Espíritu, de hecho, «quien empieza y

sostiene la evangelización». Porque «la evangelización no es un plan bien hecho de proselitismo: “Vamos aquí y hacemos muchos prosélitos, por allí, y muchos...”». En realidad, precisó Francisco, «es el Espíritu quien te dice como tú debes ir para llevar la Palabra de Dios, para llevar el nombre de Jesús». Por eso «empieza diciendo: “levántate y ve”» en esa dirección. Con la conciencia de que «no existe una evangelización “de sofá”». Por tanto «“levántate y ve”, en salida siempre, “ve”, en

movimiento, ve al lugar donde tú debes decir la palabra».

El Papa quiso recordar a «muchos hombres y mujeres que han dejado la patria, la familia y han ido a tierras lejanas para llevar la Palabra de Dios». Y muchos de ellos «muchas veces» no estaban ni siquiera «preparados físicamente, porque no tenían los anticuerpos para resistir a las enfermedades de esas tierras, y morían jóvenes, con cuarenta años o morían martirizados».

Al respecto, Francisco compartió la historia de «un gran cardenal» —que «está vivo todavía, bueno, bueno»— el cual tiene el encargo de ir a las tierras de misión. Y, contó, «cuando él va a estos lugares, lo primero que hace es ir al cementerio y mirar los nombres de los misioneros y la fecha de la muerte: todos jóvenes». Para ese cardenal «todo estos deben ser canonizados: son mártires, mártires de la evangelización». En resumen, relanzó el Pontífice, «ve, no te

preocupes», teniendo bien presente que la «primera palabra de una verdadera evangelización es “levántate y ve”». Por eso, aconsejó «no llevar el *vademecum* de la evangelización, porque no sirve». Debe vivirse la «segunda palabra: “acércate”». Que significa «cercanía». Por tanto, sugirió el Papa, «acercarse para mirar qué sucede». Precisamente como «hace Felipe. Ve ese carro que viene y el Espíritu le dice: “Ve adelante y acércate” para ver qué sucede allí dentro». Los

Hechos cuentan que «Felipe corrió». Corrió «y escuchó que ese señor que estaba en el carro, un ministro de la economía, leía a Isaías». Felipe «escuchó bien e intuyó, por la gracia del Espíritu Santo, que ese hombre no entendía bien». Y «allí Felipe sintió que debía dar otro paso: el Espíritu dice: “ve adelante todavía”». Así «empieza a hablar y la pregunta es: “¿entiendes lo que estás leyendo?”». Es así como el hombre hace subir a «Felipe en el carro» para decirle que no era capaz de entender,

porque nadie se lo había explicado. Y «Felipe, tomando la palabra y partiendo de ese pasaje, “parte de la situación”»: la «tercera palabra».

Por tanto «“álzate”, “acércate”, “parte de la situación”: no partir de la teoría» sino de «esa pregunta que el Espíritu suscita. No se puede evangelizar en teoría». Porque «la evangelización es un poco cuerpo a cuerpo, persona a persona: se parte de la situación, no de las teorías».

Con este estilo, Felipe «anuncia a Jesucristo y la valentía del Espíritu lo empuja a bautizar» a su interlocutor: «Ve más allá, ve, ve, hasta que sientas que ha terminado su obra».

«Así se hace la evangelización» relanzó el Papa, reproponiendo las «tres palabras» que «son clave para todos nosotros cristianos», llamados a «evangelizar con nuestra vida, con nuestro ejemplo y también con nuestra palabra».

Y entonces «levántate, acércate, cercanía, y parte de la situación, la concreta: un

método sencillo, pero es el método de Jesús» que «evangelizaba así, siempre en camino, siempre en el camino, siempre cerca de la gente y siempre partía de las situaciones concretas, de la concreción».

Por tanto, recordó el Pontífice, «se puede evangelizar solamente con estas tres actitudes, pero bajo la fuerza del Espíritu Santo: sin el Espíritu ni siquiera estas tres actitudes sirven; es el Espíritu quien nos impulsa a

levantarnos, a acercarnos y a partir de las situaciones».

En conclusión Francisco invitó a rezar «hoy por todos nosotros cristianos que tenemos la obligación de evangelizar, la misión de evangelizar». Que el Señor «nos dé la gracia de ser escuchados por el Espíritu y tener estas actitudes: estar en salida; ir; ser cercanos a la gente; y partir no de las teorías sino de las situaciones concretas».

24 de abril de 2018. **Como una bicicleta.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 18, viernes 4 de mayo de 2018.

El equilibrio de la Iglesia recuerda al de la bicicleta que cae si está quieta pero «funciona bien» si está en movimiento. Y es precisamente del inmovilismo, de la rigidez, del «siempre se ha hecho así» lo que hace «prisioneros de las

ideas», de las resistencias ideológicas a todo cambio sugerido por el Espíritu, de lo que el Papa Francisco puso en guardia el martes 24 de abril durante la misa celebrada en Santa Marta.

«Cuando a causa de la persecución que explotó en Jerusalén los discípulos se dispersaron y sembraron la palabra de Dios —explicó el Pontífice— comenzó el diálogo entre ellos y la gente que no era de su pueblo, gente con otra cultura, otro pensamiento, otra filosofía, otra lengua, pero

ellos fueron adelante».

En particular, algunos discípulos «comenzaron a predicar el Evangelio a esa gente que no era judía, del pueblo de Dios», continuó. La predicación del Evangelio a los «paganos era una novedad: una de las primeras novedades de la Iglesia» señaló Francisco, subrayando: «Nosotros sabemos que Dios es el Señor de las novedades y siempre viene a nuestro encuentro con algo nuevo, nunca se repite, nunca, es original en sí mismo».

«Frente a las novedades de Dios hay comportamientos diversos» reconoció el Papa. «Nosotros, en la liturgia de hoy vemos dos, ambos de resistencia a la novedad, de resistencia a los cambios» explicó. Y así, dijo refiriéndose al pasaje de los Hechos de los apóstoles (11, 19-26), «en la primera lectura, este predicar a Jesucristo a los paganos es una novedad y no entraba en la cabeza del Pueblo de Dios». Y «por eso, aquellos de Jerusalén se quedaron un poco inquietos y enviaron a Bernabé» a

Antioquía «a ver un poco». Por lo tanto, Bernabé «hizo allí una visita canónica para ver cómo iba aquella Iglesia.

«Esta resistencia a la novedad, es decir, a predicar el Evangelio a los no judíos, se ve también en el problema que tuvo Pedro cuando fue donde Cornelio», continuó el Pontífice, citando otro episodio contado en los Hechos de los apóstoles y mencionando «el escándalo que después le hicieron los de Jerusalén: tuvo que ir allí, explicar lo que había sucedido». Pero «después del

diálogo sintieron que allí había una cosa de Dios; que era precisamente el Espíritu quien les empujaba a esta novedad: "Si ellos, primera regla, quieren ser de los nuestros, que hagan todos los ritos de iniciaciones judíos y después serán de los nuestros y después el Evangelio"».

Así, «rezaron, buscaron la luz del Señor, supieron discernir las señales de los tiempos» relanzó Francisco. Y «tal vez recordaron aquellas palabras de Jesús: "el Espíritu Santo os enseñará todo y os

recordará”». Por lo tanto, continuó el Papa, «es el Espíritu quien les daba esa sabiduría nueva y así se abrieron al Espíritu Santo y a la Iglesia y fue adelante y los paganos fueron admitidos en la Iglesia sin pasar por ritos de iniciación judía». Y «esta es la gran primera novedad de la Iglesia y consiguieron hacer el cambio». Con «una primera resistencia, pero abierta: es normal eso, es normal según Dios».

En realidad «ellos —afirmó el Pontífice— se quedaron dóciles

al Espíritu Santo para hacer una cosa que era más que una revolución, un cambio fuerte: en el centro estaba el Espíritu Santo, no ellos; el Espíritu Santo, no la ley». Así «la Iglesia era una Iglesia en movimiento, una Iglesia que iba más allá de sí misma». Así «no era un grupo cerrado de elegidos sino una Iglesia misionera: es más, el equilibrio de la Iglesia, por decirlo así, está precisamente en la movilidad, en la fidelidad al Espíritu Santo». «Alguno decía que el equilibrio

de la Iglesia se parece al equilibrio de la bicicleta: está firme y está bien cuando está en movimiento; si la dejas parada, cae» dijo el Papa, remarcando que es «un buen ejemplo» porque nos recuerda «ir en movimiento según el Espíritu Santo». Y «el Espíritu», que es «el centro», hace «libres, con la libertad de los hijos de Dios: si esa primera resistencia, que es también una cosa humana, no es mala pero tiene esta novedad, hay que aclararlo en el discernimiento, en la oración y después se

asume y quiere ir adelante». Y «esto es un primer comportamiento frente a las resistencias».

«El otro ejemplo es la resistencia de los doctores de la ley, que se ve bien en el inicio del Evangelio» relanzó

Francisco en referencia al pasaje evangélico de Juan (10, 22-30) propuesto por la

liturgia. «Ya al final de la vida, era invierno, Jesús caminaba en el templo, en el pórtico de Salomón», explicó el Papa.

Entonces «los jueces le rodearon y ese grupito le decía:

¿Hasta cuándo nos tendrás en la incertidumbre? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente". Y Jesús les miraba y les respondió: "Os lo he dicho y no lo creéis. Las obras que yo cumplo"».

Pero ellos, continuó el Papa, «volviendo sobre la misma pregunta, fueron incapaces de salir de aquel mundo cerrado, son prisioneros de las ideas. Recibieron la ley que era vida pero la "destilaron", la transformaron en ideología y así dan vueltas, dan vueltas y son incapaces de salir y

cualquier novedad para ellos es una amenaza». Y «por eso terminaron por asesinar a Jesús. Están pegados a la literalidad de las cosas, están pegados a aquel cierre que ellos hicieron ideologizando la ley del Señor».

«Esta resistencia es muy difícil de sanar, es necesaria una gracia muy grande del Espíritu Santo» afirmó el Pontífice.

Tanto que, «después de tres años» pasados «escuchando a Jesús, discutiendo con Jesús, viendo los milagros» le preguntan: «Pero entonces,

¿hasta cuándo nos tendrás en la incertidumbre?». En resumen, «no entendieron, no dejaron entrar nada de Jesús: cerrados». Y «este cierre se convierte en rigidez y ellos no tienen al Espíritu Santo en el centro. No son libres hijos de Dios: en el centro» se ponen «a ellos mismos, cerrados, rígidos», viviendo «con ese modo de diferenciar la revelación de Dios, que era ideológico y no estaba abierto al Espíritu Santo que estaba haciendo tantos cambios». Era «gente que siempre volvía a lo

mismo y nada les hacía felices».

A ellos, Jesús, «con un poco de ironía» les dice: «Pero vosotros sois como esos niños sentados en la plaza que dicen a los demás: “os hemos tocado la flauta y no habéis bailado, hemos cantado un lamento y no os habéis golpeado el pecho”. Pero, ¿nada os parece bien? Solamente la rigidez de las ideas y el “siempre se ha hecho así”». «Esta es la ortodoxia de esta gente que cierra el corazón a las novedades de Dios, al Espíritu

Santo» insistió el Papa. «Esta gente —añadió— no sabe discernir las señales de los tiempos. Quieren una Iglesia, querían eso, una sinagoga, una Iglesia cerrada rígida, no abierta a las novedades de Dios». En cambio, «el otro comportamiento, el de los discípulos, de los apóstoles, es un comportamiento de libertad, la libertad de los hijos de Dios». Por lo tanto, reconoció el Pontífice, «tienen resistencias al inicio». Pero «esto no solo es humano, es una garantía de que no se dejen engañar por

cualquier cosa y después con la oración y el discernimiento encuentran el camino». Porque «siempre habrá resistencias al Espíritu Santo, siempre, hasta el fin del mundo».

En conclusión, Francisco invitó a pedir al Señor «que nos dé la gracia de saber resistir a aquello a lo que debemos resistir, lo que viene del maligno, lo que nos quita la libertad». Y que «el Señor nos de la gracia» de saber abrirnos «a las novedades, pero solamente a aquellas que vienen de Dios con la fuerza

del Espíritu Santo» y que «nos dé la gracia de discernir las señales del tiempo para tomar las decisiones que deberemos tomar en ese momento».